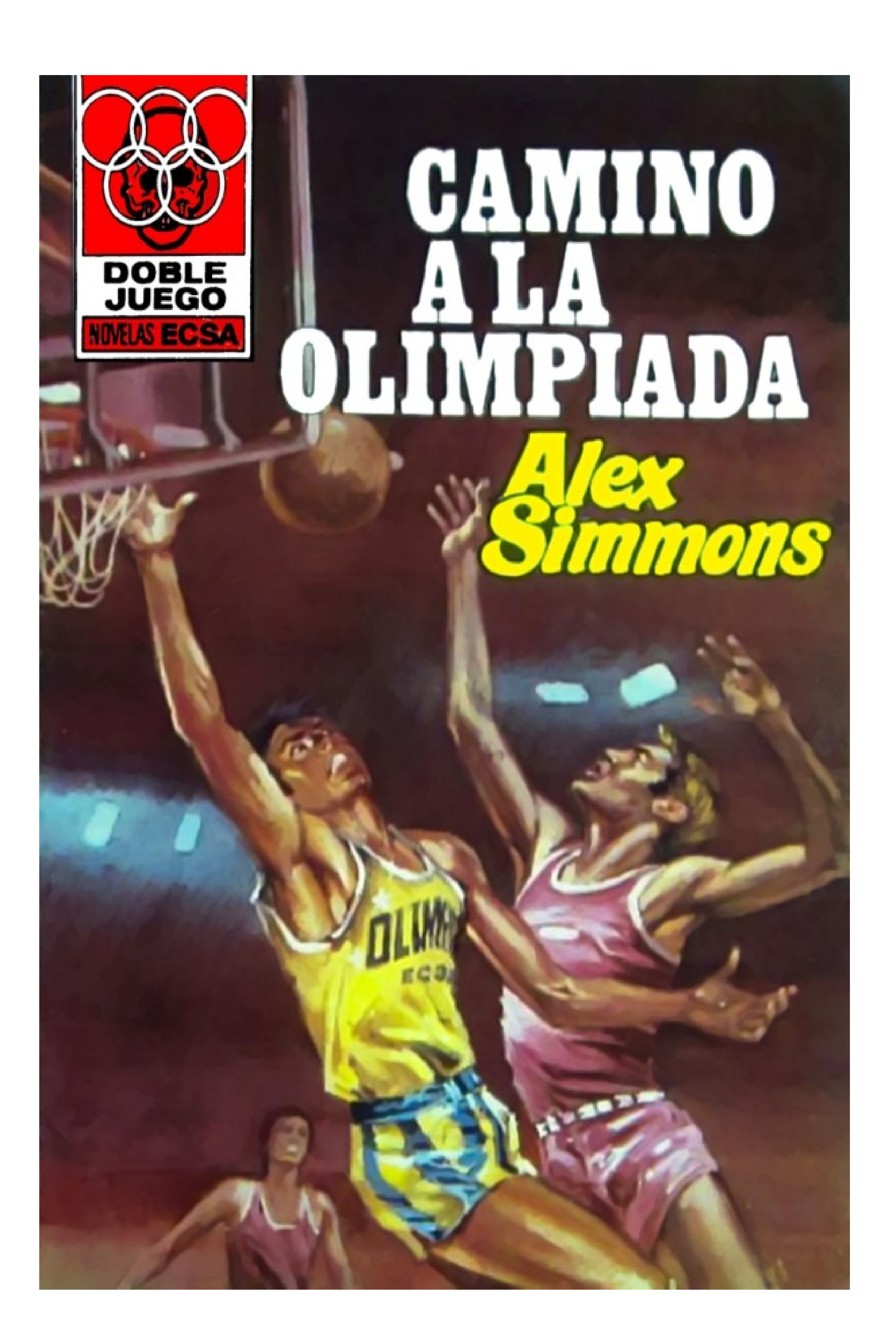
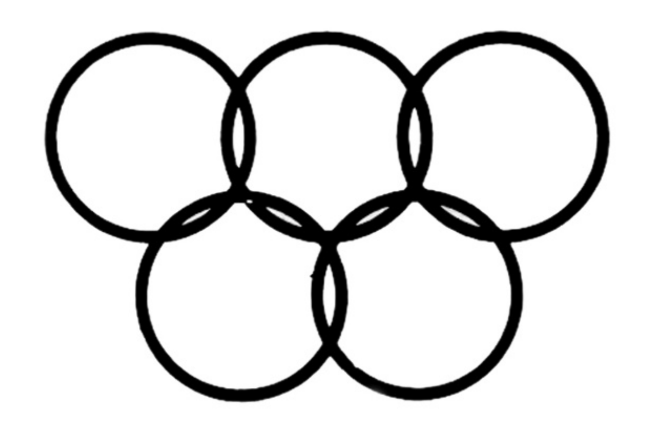

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
CAMINO
A LA
OLIMPIADA
Alex
Simmons



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

ALEX SIMMONS

CAMINO A LA OLIMPIADA

Colección
DOBLE JUEGO n.º 6
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.930-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—¡Pasa!

Tom Kilgore, el entrenador del «Spencer's Boys» se destrozó una uña que mordió con verdadera furia. Sus ojos se clavaron en la alta silueta del jugador que se mantenía insistentemente en el centro del campo, botando el balón, driblando a los dos contrarios que le asediaban, mientras que los otros dos delanteros, Guy y Scott, reclamaban insistentemente el pase.

—¡Pasa de una vez, Mon!

No podía gritar, estaba prohibido hacerlo, pero las palabras resonaban roncamente en su garganta irritada.

Finalmente, se volvió, iracundo, hacia Allen Lucas, el masajista, que estaba a su derecha.

—¡Pero, ¿qué diablos hace ese idiota? Faltan menos de doce segundos para que termine el encuentro... ¡y estamos empatados a 88!

El público aullaba; de rabia los partidarios del «Spencer», de gozo los seguidores de «West Holly». Porque, si el empate se mantenía, el partido de vuelta, en el campo del «West Holly» iba a asegurarles la victoria.

Y una victoria cuenta cuando se está preparando una selección para formar el equipo olímpico que iría a Moscú para defender los colores de los Estados Unidos!

—¡Pero... pasa!

—Cuidado, jefe —suspiró el masajista—. Si sigue así, le va a dar un infarto!

—Es posible que me dé un infarto —gruñó Lucas—, pero espero que, antes de estirar la pata, me dé tiempo de partir la boca a ese idiota de Mon Mead.

Y, al tiempo que su voz se hacía suplicante, suspiró en voz baja:

—¡Pasa, Mon! ¡Por lo que más quieras, pequeño! ¡Hazlo por mí... que te quiero como un padre!

Faltaban seis segundos para el final.

Obligado a retroceder, sin perder el balón, Mon se alejaba del centro del campo, poniéndose más y más lejos de la cesta contraria.

—¡No hay nada que hacer!

Sin escucharle, Allen volvió disimuladamente la cabeza, mirando hacia la tribuna presidencial.

Y se estremeció.

Porque Alexander Spencer, el creador y mecenas del equipo, el «amo de la pasta», estaba rojo como un pimiento, con el rostro congestionado y los ojos casi fuera de las órbitas.

El hijo de Spencer, Guy, estaba un tanto adelantado, en una posición ideal para recoger el balón, si Mon se la hubiese lanzado. Spencer «júnior» tenía —todo el público lo sabía— la suficiente habilidad para encestar en el último instante.

¡Cuatro segundos para el final! El entrenador cerró los ojos.

¿Para qué demonios quería tenerlos abiertos?

Después de cinco victorias, conseguidas una tras otra, he aquí que aquel estúpido de Mead iba a poner en peligro la formidable marcha del equipo.

¡Camino de la Olimpiada!

Un empate ante el «West» significaba, claramente, «la posibilidad» de una derrota en el partido siguiente. Y el Comité de Competición, cuyos ojos vigilantes no perdonaban el menor fallo, frunciría el ceño, mirando al «Spencer» como una «causa perdida». Y era una lástima.

Porque aquel cabezota de Mon era, sin duda alguna, el mejor jugador del equipo y una promesa nacional.

Y un malabarista con el balón.

De todos los tantos marcados en aquella campaña de selección, más de un 70 % eran obra de Mead.

¡Pero aquello no justificaba lo que estaba haciendo! A menos que su fama se le hubiese subido a la cabeza, y esto —pensaba el pobre entrenador— es lo peor que puede ocurrirle a un deportista.

¡Solo tres segundos para que la sirena anunciase el final del encuentro!

El gentío aullaba, y los gritos, las exclamaciones, unas de júbilo, las otras de rabia, se repercutían en mil ecos bajo el techado de las magníficas instalaciones deportivas del Spencer.

Ahora era Lucas quien pensaba, tristemente, en el montón de

dólares que «papá Spencer» se había gastado para organizar y dar forma a aquel formidable equipo.

No había reparado en gastos.

Bien es verdad que todo había surgido cuando su hijo, Guy Spencer, empezó a demostrar que era un excelente jugador de baloncesto.

Estudiante en la Universidad de Ohio, Guy no era de los que «empollasen» demasiado.

Era, para decir la verdad, un estudiante mediocre, pero tampoco demasiado malo.

Su padre le miró.

Estaba plenamente orgulloso de su retoño, y no había amigo ni cliente —Alexander Spencer poseía una formidable cadena de supermercados a lo largo y ancho del país— al que no hubiera predicho que su hijo iría a Moscú.

A pesar de que Guy no pudiera compararse con Mon.

También tenía fe en aquel muchacho el señor Spencer, pero una fe que no podía compararse con la pasión que sentía por su hijo. Y ahora, comprobando que Mead estaba «haciendo el tonto», desperdiciando la última ocasión del equipo para deshacer el empate, míster Spencer se juró deshacerse de aquel «loco», ya que no podía permitir ninguna clase de fantasía en un partido como aquel.

¡Cielos!

Al pensar que el «Spencer» iba en primer lugar de su grupo, y que todo su sueño, el del señor Spencer, era ver enfrentarse a sus «chicos» con el «New York», que también iba en primer lugar de su grupo…

¡O… hhhhhhh!

El entrenador abrió los ojos.

¡Faltaban dos segundos para que todo acabase!

Mon se había detenido, separándose bruscamente de los que le acosaban.

Plantó firmemente sus pies en la pista. Se inclinó, con el balón entre las manos, los pulgares apoyados en el esférico, los músculos tensos como cables de acero.

¡¡¡Y lanzó!!!

El balón describió una parábola, ascendiendo tremendamente,

como si saliera disparado hacia el techo de la sala.

Tres jugadores del «West» se precipitaron bajo el palo, dispuestos a saltar para impedir, como fuese, que el balón se colase en el cesto.

El público contuvo el aliento.

Guy, el hijo de Spencer, corrió también hacia el palo, dispuesto a impedir que los otros saltasen. También corrió tras él Scott Carter, el único negro del equipo, un gigante con más de dos metros de altura.

El balón inició un velocísimo descenso.

Mon lo había lanzado desde su propio campo, y nadie pensaba que lograra un tanto, a menos que el balón bajase en una perfecta vertical.

Saltaron los del «West». Saltaron los del «Spencer».

Racimos de manos se tendieron desesperadamente hacia el balón, que seguía su vertiginoso descenso.

Pero la verticalidad de la caída fue tan perfecta y tan intensa la velocidad, que ninguna mano, ni amiga! ni enemiga, rozó el esférico.

¡¡¡Había encestado!!!

Un rugido de entusiasmo brotó de la garganta de todos los presentes. Ante aquella hazaña, amigos y adversarios se olvidaron de sus rencores deportivos.

¡¡El «Spencer» había ganado el encuentro!!

* * *

El severo mayordomo seguía con inquisitiva mirada el desfile de los criados que servían la mesa.

Durante toda la cena, un silencio ominoso flotó en el amplio y lujoso comedor de la residencia de míster Spencer. Ni siquiera Clara Spencer, la esposa del magnate, se atrevió a abrir la boca, limitándose a sonreír a su hijo, rebosante de orgullo, ya que había seguido en encuentro a través de la pantalla de la televisión.

El aire de la estancia estaba enrarecido.

Alexander Spencer comía sin alzar la cabeza. Tenía el ceño fruncido, como en las reuniones que celebraba con los directores de los supermercados de su «cadena».

Ni siquiera había pasado por los vestuarios, saliendo del local para subir a su magnífico coche y yéndose directamente a su casa.

Tampoco había felicitado a Guy.

El joven, comiendo en silencio como los demás, se percataba de que algo muy grave estaba pasando en el cerebro de su padre.

E intuía —no era necesario ser un adivino para llegar a la lógica conclusión de que las meditaciones de Spencer «sénior» estaban relacionadas con la extraña actitud de Mon Mead.

Guy estimaba de veras a aquel muchacho.

Admiraba la fuerza de voluntad de Mon quien huérfano y trabajando como vendedor en uno de los supermercados de Spencer, robaba horas al descanso para entrenarse, habiendo conseguido convertirse en un verdadero «as», sin la ayuda de nadie.

Guy sonrió.

Recordaba las extraordinarias circunstancias que hicieron que Kilgore, el entrenador del equipo, se fijara en aquel muchacho.

Dulces recuerdos que le aislaron por completo del ambiente frío y desagradable que reinaba, en aquellos instantes, en el amplio comedor de la residencia…

* * *

—¡Vamos, chicos! ¡Quince minutos de descanso! Todo el mundo a las duchas…

Se trataba de un entrenamiento, un domingo por la mañana, en las estupendas instalaciones que poseía el «Spencer».

Y, como de costumbre, había bastante público que había venido a gozar gratuitamente de aquella exhibición de juego excelente que llevaba a cabo su equipo preferido.

Justamente, el «Spencer» había adquirido, tres semanas antes, a Scott Carter, de raza negra, aquel gigante que apenas si tenía que alzar uno de sus brazos, largos como tentáculos, para meter el balón en la cesta.

Scott merecía el puesto de «pivot», pero era Guy —por algo era el hijo de quién era— quien lo ostentaba.

Guy era, también, un jugador de primera clase.

Todos lo eran: Guy, Fletcher, Scott y los defensas, Glen y Robert, este último, Bob para los amigos, casi tan alto como el negro.

Sonriente, satisfecho, Tom encendió un cigarrillo, y mirando al masajista, comentó:

—¡Esto va bien! ¿Qué te ha parecido, Lucas?

—¡Formidable! Ese negro...

—Es único. Cuando se planta al pie del palo, no hay nadie que pueda encestar... Lanzó un suspiro.

—Si seguimos teniendo este equipo, creo que podríamos, con un poco de suerte, llegar a la Olimpiada.

—No va a ser moco de pavo.

—Lo sé, Lucas, lo sé... pero mis chicos están llenos de entusiasmo. Lucas se rascó la prominente nariz.

—¿Puedo decirte algo?

—Habla.

—A mí, el equipo me encanta en su conjunto, pero no creo que Fletcher esté a la altura de los demás.

El entrenador frunció el ceño.

—Es cierto. Es un jugador excelente, pero tiene un solo defecto... el miedo.

—Es verdad.

—Ya le has visto, cuando Scott jugaba en contra y se acercaba a la cesta, Fletcher no se atrevía a impedir que el negro saltase...

Fue entonces cuando Lucas señaló la pista.

—¡Mira, Tom! ¿Quién es ese loco?

Un joven, vistiendo un chándal de segunda mano, había saltado a la pista y se divertía botando el balón. Uno de los vigilantes se acercó al entrenador.

—¡Voy a echar fuera a ese idiota, señor Kilgore!

—Sí, hazlo... ¡No! ¡Espera! El hombre se detuvo.

Olvidando el cigarrillo entre sus dedos, Tom concentró toda su atención en el «intruso».

Se maravilló, en un principio, de la «manera» que aquel chico tenía de botar el balón. Era un verdadero malabarista; pero cuando el desconocido empezó a lanzar a cesta, desde cerca, desde lejos, de frente, de espalda, de bote pronto, a la media vuelta, Tom se quedó boquiabierto.

Nunca había visto cosa semejante.

El muchacho se deslizaba como un felino por la pista, driblando a los invisibles contrarios fintando con una agilidad de pantera, y ni

una sola vez, ni por casualidad, falló un solo lanzamiento.

—¡Qué maravilla! —exclamó el masajista.

—Sí… —y dirigiéndose al guardián—. Diga a ese joven que haga el favor de venir.

El muchacho pareció intimidarse al ver acercarse al empleado, al que tendió el balón.

—Perdone… sé que no debía haberlo hecho. El otro sonrió.

—No es nada, chico. Ven. El entrenador desea hablar contigo.

—¿Conmigo?

—Ya lo has oído.

Mon se acercó a los dos hombres, expresando una sensible timidez. Temía recibir un buen rapapolvo por haber osado hacer lo que había hecho.

Por eso, al detenerse ante los dos hombres, dijo:

—Les pido perdón, pero no pude resistir la tentación…

Tom le miró con fijeza.

—¿Con qué equipo juegas, chico?

—Con ninguno.

—¿Eh? ¿Te burlas de mí?

—Le digo la verdad, señor.

—¿Quién te ha enseñado a jugar?

—He aprendido yo solo; es decir… vengo aquí desde hace mucho tiempo… todos los domingos… y luego, en un solar que hay junto a mí casa, me entreno… compré una cesta vieja y la clavé en lo alto de un poste del tendido eléctrico.

Kilgore sonrió.

—¿Te gustaría entrenarte con nosotros?

—¡Oh, sí, señor!

Pero su faz resplandeciente se ensombreció casi enseguida.

—Es imposible, señor, lo siento.

—¿Por qué?

—Mi trabajo acaba a las ocho y media de la noche… y yo sé que ustedes entrenan por las mañanas.

—¿Dónde trabajas?

—En el «Spencer Center».

—¿En la ciudad?

—Sí.

—¡Estupendo! Mañana lunes, en vez de ir al trabajo, vendrás

aquí a las ocho y media en punto.

—Pero…

—Yo hablaré con el señor Spencer. ¿Cómo te llamas?

—Mon Mead, señor.

—Yo soy Tom Kilgore, el entrenador del «Spencer»… Entonces ¡hasta mañana, Mon!

—Hasta mañana, señor.

* * *

Y así, tan sencillamente, habían ocurrido las cosas.

Mon demostró enseguida que Kilgore no se había equivocado. Más que un jugador de baloncesto, aquel muchacho era un verdadero fenómeno.

Y una persona honrada.

Porque, pudiendo gozar del día entero, cobrando lo mismo que si trabajase en el almacén, no consintió más que tener libres las mañanas, yendo al «Center» por las tardes.

A los ojos de Kilgore, Mon se convirtió muy pronto en su jugador preferido. No a los ojos de míster Spencer.

Pero, ¿quién puede criticar a un padre que se apasiona por su hijo?

Aunque, a veces, la pasión puede degenerar en algo verdaderamente malo…

CAPÍTULO II

—No me gustan las fantasías. Nunca las he consentido... y no voy a empezar a hacerlo ahora.

Alexander Spencer posó sobre la mesa la copa de excelente coñac francés cuyo contenido había degustado a pequeños sorbos.

Sus ojos se clavaron en el rostro de su hijo.

—Para mí —dijo con voz áspera—, lo de hoy ha sido una derrota.

—Pero... papá... si hemos ganado.

—Por una verdadera casualidad. Y yo no soy amigo de las casualidades. Si creyese en ellas, habría fracasado en los negocios.

—El juego no es un negocio, papá. Alexander le dirigió una mirada fulminante.

—¿Qué estupideces estás diciendo? El equipo forma parte de mi campaña propagandística... ¿o me crees tan estúpido como para invertir un buen montón de dólares en un equipo de baloncesto? ¿Acaso no sabes que mis ventas han aumentado desde que hemos empezado a ganar partidos?

—Yo...

—¡Tú eres tan tonto como para seguir creyendo en el Papá Noel!

—Pero...

—¡Calla... y escucha a tu padre! Docenas de mis artículos llevan dentro fotos, cromos, dibujos del equipo... y en toda la cadena de mis almacenes se ha dicho que los Spencer-Centers regalarán entre sus clientes diez viajes a Moscú...

—Eso va a costarte una fortuna, papá.

—¡Eres un memo! Lo que eso me proporcionará es una fortuna... cada cien dólares de compra; damos un boleto... obligando al cliente a gastar más de lo que pensaba...

—Ya veo.

—Además, al regreso de Moscú y si ganamos... que tenemos que ganar, pienso vender cinco millones de camisetas del equipo, con un dibujo alegórico de la Olimpiada... y fabricaré millones de

tabletas de chocolate con la medalla de oro que tenemos que conseguir…

Hizo una pausa.

—Por eso no puedo consentir que un desgraciado quiera llamar la atención durante un partido. Si aquel balón no hubiese entrado en la cesta…

Guy sonrió.

—¡Qué poco conoces a Mon, papá! Él no falla nunca…

—Pero tú, sí… ¡Mi hijo! ¿Es que no te das cuenta de lo importante que sería para mí que tú fueses el mejor de todos?

Guy se puso muy serio.

—Bien sabes que eso es imposible, «pa». ¡Nunca conseguiré alcanzar a Mead!

—¡Idioteces! Yo te demostraré lo contrario.

—¿Qué quieres decir? No querrás echar a Mon, ¿verdad?

—¡Ojalá pudiese hacerlo! Si se tratase de cualquier otro, cancelaría su contrato aunque me costase un buen puñado de dólares…

Lanzó un gruñido.

—Pero no puedo hacerlo, al menos por el momento; ese Mon, que el diablo confunda, es demasiado popular.

—¿Es verdad que su sección vende más que ninguna otra?

—Es cierto; pero si fueras listo, te darías cuenta de que las ganancias que me proporciona la popularidad de ese idiota no son nada comparadas con los beneficios finales que pienso obtener del «Spencer».

Volvió a llenar la copa de coñac, ya que había ordenado a la servidumbre que se retirase.

—Ya veremos… tengo a un hombre capaz de hacer que la gente crea que lo blanco es negro… Fred Morton, mi jefe general de publicidad. ¡El conseguirá que te conviertas en la figura del equipo!

Guy no pudo por menos de estremecerse.

* * *

—No quiero que lo vuelvas a hacer, muchacho.

Mon sonrió.

—¿El qué no debe hacer, señor Kilgore?

—Lo que hiciste cuando jugamos contra el «West». ¡Como si no lo supieras!

—Estaba seguro de marcar, señor.

—¿Y si fallas?

—No podía fallar. Lo que deseaba, sinceramente hablando, era poner el final del partido al rojo vivo…

—¡Y producirme un infarto, animal!

Tom sonreía.

Conocía a Mon, pero la verdad es que le había hecho pasar un mal rato.

—Escucha, muchacho. Sé lo que vales… pero no me parece bien que hagas un juego individualista; eso te conduciría a que tus compañeros de equipo dejaran de apreciarte.

—Usted sabe muy bien que pasé mucho más que tiré a cesta en el partido contra el «West», como en los demás encuentros. No puede usted acusarme de individualista, señor Kilgore.

—De acuerdo, pero procura tener mucho cuidado. Sabes que mañana nos enfrentamos con el «New Yersey», que batió al New York el año pasado. Esos chicos son rápidos como demonios y encestan sin parar.

—Los venceremos.

—Ya lo sé… pero tengo necesidad de estar completamente seguro. Deseo, quiero, exijo, que acabemos la primera mitad con, por lo menos, diez tantos de ventaja.

—Se hará como usted dice.

—Recuerda una cosa, chico. Uno de los defensas de ese equipo, un tal Walter, es capaz de hacer cualquier cosa por impedir un enceste. ¡Aprovéchate de su brutalidad para que le piten el mayor número de faltas posible!

—Entendido.

—Desde luego, tú serás quien tire, como de costumbre, todas las «personales», pero si fallas una sola…

—No fallaré.

—De acuerdo. Y, por lo que más quieras, acuérdate de mi corazón… ¡No más sustos, por favor!

—Me acordaré de su corazón, señor Kilgore.

—Gracias, hijo.

Tom estrechó con fuerza la mano del jugador.

* * *

—¿Se puede?

—¡Adelante, Morton!

—¡Buenos días, señor Spencer!

—Buenos días. Siéntese… ¿Un habano?

—Con mucho gusto.

Fred Morton era un hombre delgado, casi escuálido, de rostro chupado y anguloso, con dos ojos saltones y una nariz aguileña.

Parecía una ave de presa. Y lo era.

Estaba acostumbrado a manejar al público como un jugador de ajedrez considera las piezas sobre un tablero, disponiendo de cada movimiento con una precisión matemática.

—«Un cliente —solía decir a su equipo de colaboradores— es como un tonto que acaba de llegar de su pueblo natal. No hay nada más sencillo que engañarle. La habilidad de un buen vendedor reside en esa capacidad de engaño. Y la publicidad son las gafas que ponemos a los clientes para que vean las cosas del color que a nosotros nos conviene».

Y, desdichadamente, tenía razón.

Encendidos los habanos, los dos hombres expulsaron una primera y densa bocanada de humo.

Entonces, Spencer:

—Le he convocado —dijo— para encargarle de un «trabajito» que no tiene que ver nada con su especialidad.

—Estoy dispuesto a complacerle en lo que sea, señor.

—Ya lo sé.

Hubo un corto silencio.

—¿Usted conoce a Mon Mead, verdad?

—¿Y quién no lo conoce? Es uno de los pivotes de nuestra campaña de publicidad basada en las Olimpíadas.

—Así es.

—¿Cree usted, señor, que no he sabido mover los hilos que ese muchacho nos ha proporcionado?

—Demasiado.

—¿Eh?

—No se asuste, Morton. Ha hecho usted, como siempre, una labor de primera clase. Todos los Estados Unidos, a través de

nuestros supermercados, conocen a Mon como si viviera en cada casa del país.

—Así es, señor… pero, ¿es que no es suficiente?

—Demasiado.

—No lo entiendo.

Alexander echó otra bocanada de humo; luego, clavando sus ojos acerados en los saltones de su interlocutor:

—Quiero destruir a ese chico.

—¿Eh?

Morton se había quedado boquiabierto. Y como su jefe no dijese nada más:

—¿Ha dicho usted… destruirle?

—Eso he dicho.

—Perdone, señor Spencer, pero sigo sin comprender.

—Lo va a entender enseguida. ¿Vio usted el último partido?

—Lo vi en televisión, en retrasmisión diferida.

—¿Qué le parecieron los últimos instantes?

—Angustiosos.

—Esa es justamente la palabra que esperaba oír de sus labios.

—Me alegro que así sea.

—Como hombre de negocios, y usted sabe que lo soy, ¿cree que puedo permitirme pasar el más pequeño momento de angustia?

—En absoluto.

—El «Spencer» se ha convertido en una de nuestras mejores palancas publicitarias. ¿No es cierto?

—Sí.

—Pues, precisamente por eso, y usted lo sabe mejor que yo, no podemos permitir que un elemento «turbio» desvíe nuestra campaña. ¿Qué ocurriría si uno de nuestros «spots» desagradase al televidente?

—Perderíamos ventas, pero…

—¿Pero qué, Morton?

—El elemento angustia, tal y como ocurrió en el último partido, hizo subir el «score» de nuestra inversión. El papel del miedo puede ser, bien utilizado, un elemento…

—¡Basta! Es posible que por una sola vez, el miedo o la angustia acreciente el interés general… pero si Mon hubiese fallado… ¿cómo calificaría usted lo que nos hubiese sucedido?

—Como un desastre.

—¡Por eso mismo no puede repetirse! Hemos de quedar seleccionados para la Olimpíada.

—Eso es cierto.

Spencer aplastó el habano en el cenicero de oro.

—Además, ¿es que no me conoce usted, Fred?

—Yo…

—¡Quiero que mi hijo sea la figura del equipo y la figura en Moscú. ¿Entendido?

—Perfectamente.

—Pues he ahí su misión. No quiero saber los medios que va a emplear usted… ni el dinero que todo eso puede costarme… pero le doy tres semanas… tres semanas… ni un día más… para que convierta usted al ídolo de la afición en un mequetrefe que merezca ser expulsado del Spencer. ¿Entendido?

—Perfectamente, señor.

—¡Pues… a trabajar! Y ya sabe usted que no tolero fallos.

—No los habrá.

Al abandonar el despacho de Alexander Spencer, Morton sudaba por cada uno de los poros de su cuerpo; estaba positivamente asustado; pero, un poco más tarde, cuando entró en su propio despacho, sonreía.

Como lo que era:

Como una rata inmunda.

Una rata dispuesta a devorar a Mon hasta no dejar de él más que los huesos pelados… al mismo tiempo que su cuenta corriente iba a engrosarse con un buen montón de billetes…

De los grandes.

* * *

De una rápida escapada, Mon, botando velozmente el balón, se acercó a la cesta contraria. Vio, enseguida, que el colosal defensa del «New Jersey» se le echaba materialmente encima.

Entonces pasó a Scott, en corto.

El negro botó el balón, pasándolo a Guy que hizo ademán de lanzar a cesta, pero pasó a Mon, que ahora estaba libre de adversarios.

Y Mead encestó con su maravillosa precisión de costumbre.

A los diez minutos de haberse iniciado el juego, el «Spencer» ganaba por 22-18. Mientras se sacaba de banda, Mon miró hacia el entrenador, quien elevó sus manos abiertas, mostrándole sus diez dedos extendidos.

El jugador sonrió, asintiendo con la cabeza.

Sabía, no obstante, que para conseguir las «personales» que le permitiese adelantar a «Spencer» en el marcador, iba a tener que «chocar» con el brutal defensa contrario.

Suspiró.

Su única preocupación era la de no salir lesionado de aquel encuentro. Ni de ninguno.

Soñaba ya con encontrarse en Moscú —era la primera vez que iba a salir de los Estados Unidos. Participar en las Olimpiadas era algo con lo que ni siquiera se había atrevido a soñar.

Jamás.

El enemigo acababa de marcar dos tantos de un buen enceste. Desde el centro, en el salto, el negro palmeó hacia Mon, quien corrió a lo largo de la banda, percatándose de que solo había quedado un defensa junto al madero adversario.

Aquel adversario era Walter.

Una verdadera muralla humana; alto y fuerte, con unos ojillos pequeños y maliciosos que se clavaron en los de Mon.

Mead saltó con limpieza y precisión.

Pero, en la mitad del salto, recibió un golpe en el costado que le dejó sin aliento. No obstante, mordiéndose los labios, impulsó la pelota que no entró en la cesta, aunque rebotó en el aro durante unos segundos.

—¡Personal del número 5!

Mientras formaban los equipos a ambos lados del área, Guy se acercó a Mon.

—¿Te ha hecho daño?

—¡Por poco me rompe una costilla!

—Es un animal, no te enfrentes directamente con él. Yo iré siempre a tu lado…

—¿Preparado?

Mon encestó magistralmente los dos tiros de castigo.

Siguió jugando con el mismo empuje, pero el dolor intercostal

seguía molestándole. Encestó dos veces más. Cuando faltaba muy poco para terminar el primer período, el «Spencer» ganaba por 30-38.

«Tengo que lograr dos tantos más», pensó Mon al recordar la promesa que le había hecho al entrenador.

Con los labios apretados, el muchacho recogió un balón enviado por uno de los defensas. Avanzó valientemente hacia el adversario.

Guy le seguía de cerca.

—¡Pasa!

Pasó, pero el hijo de Spencer perdió el balón, que fue fuera.

«Tengo que conseguirlo».

Sacó el «New Jersey», cortando Robert que de una bolea envió a Mon. En aquel momento, Guy estaba demasiado retrasado para apoyar el juego de su compañero.

Sin dudarlo, botando a velocidad vertiginosa, Mon se acercó a la puerta. Su mirada chocó de nuevo con los ojillos maliciosos de Walter.

Era como si el gigante le dijera que aún le quedaban unas cuantas personales para que tuviese que abandonar el terreno y que, antes que eso ocurriese, «le haría pedazos».

Mon brincó como una gacela.

Esta vez, el empellón de Walter fue terrible y el codo del gigante volvió a golpear el costado, del mismo lado, del jugador contrario.

Mon no consiguió ni siquiera lanzar el balón.

—¡Segunda personal del número 5!

Mon resoplaba como si algo le apretara el pecho, como si tuviese un aro de hierro alrededor del tórax.

—¿Puedes lanzar? —le preguntó Guy.

—Sí.

—Te dije que no te arriesgases... ya llevamos ocho tantos de ventaja...

—Es igual... —sonrió Mead.

Dos lanzamientos impecables establecieron el tanteo definitivo, en la primera parte, de 40-30 a favor del «Spencer».

Mon no se detuvo ni siquiera a oír la ovación cerrada que le dedicaba el público. Penetró en los vestuarios, seguido de cerca por Guy, cuyo rostro mostraba una intensa preocupación.

Mon se tendió en una mesa de masaje, viendo llegar a Lucas, al

que acompañaba el entrenador.

—¿Cómo estás, muchacho?

Desnudando el tórax del jugador, Allen palpó el lado derecho, arrancando gruñidos de dolor de Mead.

Los otros jugadores rodeaban la mesa.

—No creo que pueda volver a salir —dijo Lucas.

—Lo comprendo… —suspiró el entrenador—. Yo he tenido la culpa…

Una voz vibrante se oyó entonces tras el corro que formaban los jugadores y asistentes.

—¡Dejen paso!

Era Alexander Spencer.

—¿Qué es eso que he oído? —rugió el magnate—. ¿Quién se atreve a decir que este muchacho no va a salir en la segunda parte?

—Ha recibido dos golpes tremendos, señor —dijo el masajista.

—¡Bobadas! En vez de lamentarse, ¿por qué no le atiende usted, Lucas? ¿O para qué cree que le pago?

Y, lanzando una mirada furibunda al entrenador, añadió:

—Ya me ha oído usted, Kilgore. O ese muchacho sale con los demás… ¡o ya puede considerarse despedido!

Cuando Spencer salió, su hijo estaba pálido como un muerto, sin atreverse a mirar a nadie.

El entrenador se acercó a Mon, que yacía en la mesa, mientras Lucas proyectaba sobre la zona afectada el chorro de un vaporizador de anti-dolor.

—No salgas, chico. Otro empujón y no podrás jugar en varias semanas. Y no te preocupes por mí.

Mon sonrió.

—Saldré a jugar, *old chap*[1]. Solo necesito, si es que quieres que llegue al final de la competición, procura que esa bestia de Walter no vuelva a chocar conmigo.

—¡¡¡De eso me encargo yo!!!

Todos se volvieron, viendo el rostro serio del negro que les miraba con sus grandes ojos brillantes.

Y Scott, dirigiéndose al entrenador:

—Deje que me encargue de él, míster Kilgore. Tendré cuidado en controlar mis «personales», de manera a que me echen del campo cuando ese animal no pueda hacer más daño a Mon.

Poniéndose en pie, estaba sentado junto a Mead, Tom estrechó la mano del negro.

—¡Eres un buen chico, Scott!

Carter sonrió, mostrando una doble e impresionante hilera de dientes blanquísimos.

—Un poco «tiznao», señor… pero cuando ese Walter vea cómo pego, ¡las va a pasar «negras»!

Todos rieron.

Y fue en aquel momento cuando sonó la señal que indicaba que los equipos debían salir de nuevo al terreno de juego.

CAPÍTULO III

Fred Morton, el publicista de la cadena de supermercados «Spencer», detuvo su magnífico coche en la plazoleta, ante la magnífica mansión, estilo virginiano, con sus altas columnas y su escalinata de mármol blanco.

Para llegar hasta allí, Morton había tenido que atravesar un inmenso parque, no sin antes detenerse, junto a la verja, donde fue reconocido por los dos imponentes guardianes, uno de los cuales se mantuvo prudentemente apartado, sujetando con esfuerzo las correas de los dos perros de presa que gruñían sordamente.

Bajando de su coche, un «Lotus» azul eléctrico —a Fred le «chiflaban» los coches deportivos—, sonrió satisfecho, mirando la imponente fachada de la casa.

¡Había conseguido convertirse en alguien importante!

Cada vez que recordaba sus comienzos, en aquel miserable despacho de una mugrienta oficina de publicidad, a la altura de la 16 avenida, en la ciudad de New York, le daban escalofríos.

Pero desde que había tenido la suerte de conocer a Alexander Spencer, la cosas habían ido viento en popa.

A sus 55 años, a pesar de su físico desagradable y su cara de ave de presa, Fred Morton se creía un irresistible «play boy», y por eso, cuando sus múltiples actividades le dejaban un instante libre, venía a esta casa, un misterioso y encantador lugar donde un hombre como su propietario, Homer Fulton, había conseguido convertir la heredad de sus padres en un interminable filón de oro.

Antes de que Morton terminase de subir los escalones de mármol, la puerta principal se abrió, dejando ver a un elegante y uniformado mayordomo que se inclinó reverenciosamente ante él.

—«Good morning, míster Morton!».

—¡Buenos días, Edward! Ayer telefoneé...

—Lo sé, «sir», Míster Fulton le está esperando en su despacho. Tenga la amabilidad de seguirme.

El vestíbulo en el que Fred penetró era una verdadera maravilla,

con una columnada que imitaba a un templo clásico y numerosas puertas enormes, de dos hojas, de madera preciosa, con incrustaciones de cobre.

Edward se dirigió a la más pequeña de ellas, situada a la derecha de la entrada, golpeando la madera suavemente con los nudillos de su enguantada mano.

—«Come in!»

El mayordomo hizo girar el pomo, empujando la puerta, al tiempo que se hacía a un lado para dejar pasar al visitante.

El despacho de Fulton podía parangonarse con el de Spencer, aunque era mucho más elegante y menos moderno. Muebles caros, antiguos, le daban un aspecto de verdadera realeza.

Lo que encuadra perfectamente con el personaje sentado al otro lado de la gran mesa de caoba.

Homer Fulton, los sesenta cumplidos, era un hombre alto, canoso, con aire verdaderamente juvenil. No había más que verle para percatarse de que tenía mucha «clase» y su rostro poseía ese algo aristocrático que le daba un cierto parecido con un lord inglés.

Algo, sin embargo, desentonaba con su regio aspecto: sus ojos eran brillantes, acerados y aunque no tan saltones como los de Morton, tenían una semejanza pareja a los de un águila.

Porque él, también —y quizás en mayor cualidad que su visitante— era un ave de presa, un depredador implacable, un hombre cuya ambición podía medirse en años luz.

—«My dear Fred!» ¡Mi querido amigo! ¡Adelante! Tome asiento, por favor... ¿un trago?

—No, gracias. Nunca bebo antes de mediodía.

—¡Sana medida! Yo tampoco bebo demasiado, aunque tengo que luchar para evitarlo durante las noches... y hablando de las noches... ¡hace una eternidad que no viene usted por aquí!

Morton lanzó un suspiro.

—He viajado mucho últimamente, señor Fulton. Cada tres meses, como usted sabe, tengo que hacer una gira de inspección por los «Spencer Centers».

—¡Ese viejo zorro de Alexander! Se está forrando, ¿verdad?

—No van muy mal las cosas...

—¡No sea usted embustero, Fred! Yo sé bien que el dinero entra a paletadas en las cajas de Spencer. ¡Ese viejo granuja no se dejaría

ahorcar por mil millones de dólares!

—También hay muchos gastos… y serios disgustos… como el que me ha traído aquí. Homer se echó a reír.

—¡Me lo imaginaba! Cuando alguien se encuentra en un verdadero aprieto, siempre recurre a Fulton… ¡el hombre capaz de solucionar todos los problemas, ¿eh?!

—Es cierto.

—Entonces, ¿para qué perder más tiempo, amigo? Cuénteme sus cuitas. Soy todos oídos…

Morton empezó a hablar.

* * *

Poco antes de salir de los vestuarios, O'Neil, el entrenador del «New Jersey», dio unas palmaditas amistosas en uno de los enormes hombros de Walter.

—¡Bravo, chico! No llevas más que dos personales… ¡Zúmbale un par de veces más… y tendremos el triunfo en el bolsillo!

El gigante esbozó una sonrisa.

—Pierda cuidado, míster O'Neil. ¡A ese niño guapo lo convierto en papilla en cuanto se me acerque!

Momentos después, los dos equipos estaban lanzando balones en la fase de precalentamiento.

Tom miró hacia la tribuna, pero comprobó que el señor Spencer brillaba por su ausencia.

No le gustaba aquello.

Alexander sabía la gran importancia que tenía el partido contra el «Jersey», ya que se trataba del partido de vuelta —el primero se había jugado en Nueva Jersey, ganando el Spencer por 122-105. El tanteo le era sumamente favorable… pero había que tener mucho cuidado con aquel maldito bruto de Walter.

Aunque, Scott…

La señal del comienzo del segundo tiempo cortó en seco los tristes pensamientos de Kilgore.

El saque favoreció al «Jersey», cuya delantera avanzó en flecha, logrando un enceste impecable.

40-32.

Un nuevo saque, Guy pierde el balón. Bolea del contrario hacia

la delantera… ¡y nuevo enceste!

40-34.

En el banquillo, Kilgore se mordió los labios, y volviéndose hacia el masajista, comentó:

—¿Lo ves, Lucas? Se nota la falta de Scott en la defensa. Robert hace lo que puede, pero no tiene la envergadura del negro.

—Lo malo es que Mon no ha tocado aún la pelota.

—Esperemos que las cosas mejoren.

Esta vez, Guy, al saltar en el centro, palmeó hacia Mon, que corrió por la banda hacia el área contraria. Botó la pelota, ya en el área, el tiempo reglamentario, antes de pasarla.

Los maliciosos ojillos de Walter estaban fijos en él.

«¡Acércate, idiota!» —pensaba el defensa del «Jersey»—. «Acércate y verás!»

Mon pasó a Guy que se había retrasado un poco; el hijo de Spencer pasó de nuevo a Mon, ante el que ya se interponía Walter.

Entonces, Mead pasó por lo bajo a Scott. El negro se lanzó hacia el poste, y Walter, furioso, fue en su busca, dispuesto a evitar que el negro encestase.

Lo consiguió.

Pero el choque, tremendo, entre los dos mastodontes, demostró a Walter que el cuerpo del negro no era tan blando como pensaba y que, además, sabía utilizar los codos, ya que Walter recibió un golpe en pleno estómago que le dejó sin aliento.

—¡Personal del tres! —aulló el árbitro.

En el banco, Tom lanzó un rugido.

—¡Qué mala suerte!

Morrison, del «Jersey», marcó los dos puntos de castigo. El marcador señalaba 40-36.

¡Solo cuatro tantos a favor del «Spencer»!

Tom pidió tiempo, reuniendo a los jugadores en el borde de la pista.

—Esto no puede seguir así, muchachos —les dijo—. Ya sé que estáis haciendo todo lo que podéis, pero tenemos que encontrar una fórmula…

Y mirando a Scott:

—El que tú te sacrifiques anulando a Walter a base de personales, no va a solucionarnos el problema. Antes de que te des

cuenta, estarás fuera del terreno.

—Le aseguro, señor Kilgore —dijo el negro—, que le he hecho bastante «pupa» en el encontronazo. No creo que tenga muchas ganas de volver a acercarse a mí.

—Eso es lo que yo quería decir.

—No entiendo.

—¡Pues está más claro que el agua! En los avances, acércate al poste enemigo... recibirás el pase. Entonces, si Walter no te ataca... encestas y en paz...

¿Y si me ataca? ¿Le zurro otra vez?

—¡No seas animal, Carter! Si te ataca, pasas a Mon o a Guy que estarán siempre dispuestos a recibir tu pase. ¿Has entendido?

—Sí, «jefe».

Mientras, O'Neil, el entrenador del «New Jersey», aprovechando el tiempo muerto solicitado por los del «Spencer», tramaba también su propia estrategia.

—Vamos a cambiar de táctica, chicos. Por lo que hemos visto, el obstáculo número uno es ese negro del demonio...

—¡Y cómo pega, el condenado! —se quejó Walter—. Creí que iba a hacerme echar el bofe por la boca.

—No es un misterio que es más duro que tú... pero eso no debe preocuparte. Sullivan va a ayudarte en la empresa. En cuanto se acerque para encestar o para ayudar a los suyos, saltáis vosotros dos; tú, Walter y tú, Sullivan. ¡Quiero que le cojáis entre los dos y hagáis un terrible «sándwich».

—¡Un buen bocadillo de negro! —rio Walter.

—Eso es. Hay que hacerle abandonar la cancha. Poco importa que esa personal nos cueste dos tantos. Cuando ese maldito moreno salga del campo, ellos pondrán a Lower, que no puede compararse con Scott.

Miró a los jugadores con ojos brillantes.

—Y entonces, amigos míos... ¡A encestar sin parar!

* * *

Homer Fulton jugueteó con el enorme anillo de oro, del que parecía brotar un enorme diamante, que llevaba en uno de los finos dedos de su mano izquierda.

—Es una pena... —dijo mirando a su interlocutor.

—¿Una pena? —preguntó Morton—. No lo entiendo, señor Fulton.

—Es una pena... —repitió el otro— que Spencer se haya decidido a eliminar a ese Mon. Ese chico ha conseguido entusiasmarme más de una vez, ante la pantalla del televisor.

Fred no dijo nada.

—Pero —siguió hablando el otro—, puesto que Spencer lo desea... y es él quien paga... lo haremos.

—¿Tiene usted algún plan concreto?

Fulton se encogió de hombros.

—Eso déjalo para mí, amigo... Como excelente jugador que soy, nadie mejor que yo para saber cuál es el punto flaco de otro jugador.

—Entiendo.

—Por lo que sé de Mead, es un chico pobre, que vive en una verdadera pocilga, sin familia... y que trabaja cada tarde en el Spencer Center de la ciudad, ¿no es así?

—Sí.

—Gana más que antes, ¿verdad?

—Un poco más que antes... en concepto de primas y gastos especiales. Todo ello camuflado, como usted comprenderá, ya que los del «Spencer» son *amateurs*. Los profesionales no pueden intervenir en las olimpíadas.

—Entiendo.

Volvió a acariciar el enorme anillo.

—De todos modos —dijo al cabo de unos instantes—, la vida me ha demostrado que el dinero sigue y seguirá siendo el motor más importante de la ambición humana.

—Mon no es ambicioso.

—Lo sé. No lo es, respecto al dinero... porque solo piensa en el deporte. Pero yo voy a hacer que piense en otra cosa... y entonces, mí querido Fred, ese Mon se pasará las noches soñando con poseer montones y montones de dólares.

—No creo que vaya a ser tarea fácil.

—No lo va a ser; es decir, no lo sería para alguien que no fuera Homer Fulton. Yo puedo enriquecer a un hombre en un día y arruinarle al siguiente...

—No lo dudo, pero quisiera decirle una cosa.

—Hable.

—Spencer me ha concedido tres semanas.

—Es poco... pero suficiente. Destronar a un ídolo no es cosa barata, Morton. ¿Ha pensado Spencer en lo que va a costarle su capricho?

—No es un capricho, es una necesidad.

—¡No me venga usted con cuentos, Fred! Conozco a Spencer bien o mejor que usted. El viejo zorro desea que su hijo sea la figura del equipo y el capitán del que podría traer de Moscú la medalla de oro. ¿Me equivoco?

—No...

—Ahora sí que nos entendemos. Y tras una corta pausa:

—Quiero que me llame usted dentro de dos horas. Dígale a su jefe que mi precio es de 250.000 dólares, ni un centavo menos.

—Así se lo diré.

—Si está de acuerdo, esta misma noche empezaré mi pían... Ahora están jugando, ¿no?

—Sí, contra el «New Jersey».

—¿Cómo va el tanteo?

—No lo sé. Ni siquiera abrí la radio del coche al venir hacia aquí.

—Vamos a verlo enseguida.

Pulsó un botón, y una cortina de una de las paredes se deslizó suavemente, descubriendo un gigantesco televisor en color. Con el mando a distancia, Homer puso en marcha el aparato, eligiendo el canal por el que trasmitían el encuentro.

La cámara mostró a los dos equipos concentrados cada uno junto a sus respectivos entrenadores.

—Un tiempo muerto... —musitó Fred.

El otro no dijo nada, con los ojos fijos en el aparato que no tardó en mostrar el marcador.

—40-36 —suspiró Fulton—. No es una ventaja muy grande para su equipo, Morton. Creo que Spencer se equivoca al querer eliminar al mejor de sus muchachos.

Fred no dijo nada.

—Pero —siguió diciendo el otro apagando a distancia el aparato — lo que importa son los negocios. Espero su llamada...

—Dentro de una hora, le telefonearé.

—De acuerdo.

Momentos después, a bordo de su «Lotus», Fred sonreía mientras conducía por las calles iluminadas de la ciudad.

Estaba contento.

Porque no iba a ser tan tonto como para pedir al viejo los 250.000 que Fulton había exigido.

Serían 300.000...

Y, en unos instantes, meterse en el bolsillo 50.000 dólares de tan linda manera, no era, ni muchísimo menos, para echarse a llorar.

CAPÍTULO IV

Nada más reanudarse el juego y a un pase de la defensa propia, Mon, demostrando una vez más su gran calidad, lanzó un balón desde medio campo, incrustándolo materialmente en la cesta.

—¡42-36! —gritó Tom con entusiasmo.

De nuevo avanzó el «Spencer», y Scott, siguiendo al pie de la letra las instrucciones del entrenador, se situó cerca de la cepa enemiga.

Guy pasó en corto a Mon quien le devolvió el pase un tanto avanzado.

Pero Spencer «júnior» consiguió atrapar el balón, y burlando el acoso de un contrario, lo lanzó a las manos del negro, con la seguridad de que Scott iba a marcar.

Entonces, procedentes de ambos lados del jugador de color, los dos defensas del «Jersey» se lanzaron al unísono, cogiendo entre ellos al negro como las dos láminas de una formidable prensa.

Aturdido, habiendo echado el balón fuera, Scott cayó de rodillas, inclinando la cabeza hacia el suelo.

Lucas, el masajista, se lanzó como una flecha hacia él.

Más antes de que Allen llegase a su lado, con el maletín en la mano, el negro se había desplomado.

Momentos después, Lucas reclamaba la ayuda de los camilleros, quien sacaron al jugador del campo.

Silbaba gran parte del público, y todo el mundo se había percatado de la sucia maniobra de los del «Jersey».

En el banco, tras haber examinado a Scott que, sin conocimiento, había pasado a su lado, el entrenador tenía las lágrimas en los ojos.

El juego seguía interrumpido y los jueces discutían de lo lindo. Poco a poco, el público se calmó, guardando silencio, a la expectativa de lo que iban a decidir los jueces.

Por último, el árbitro, separándose de la mesa de los jueces, reunió a los equipos, dictando la sentencia.

Sullivan fue expulsado. Y se pitó una personal, la tercera contra Walter.

—¡Maldita sea! —rugió Kilgore—. ¡Es una marranada lo que nos hacen! ¡Es a Walter al que debían haber expulsado!

—La cosa se pone fea —suspiró el masajista.

—¡Y tan fea! Sin Scott para contrarrestar a esa mula de Walter, estamos irremisiblemente perdidos.

Lower salió para suplir al negro, y los del «Jersey» se quedaron con cuatro jugadores en la cancha. Los jueces decidieron no dejar entrar a un suplente de Sullivan hasta cinco minutos más tarde.

—El juego va a empezar… —dijo Lucas.

Mon tiró los dos disparos, consiguiendo dos magníficos encestes.

44-36 en el marcador.

Pero, a partir de aquel momento, aunque solo, Walter demostró ser un muro infranqueable, y de nada sirvió que Guy y Mon hicieran verdaderas filigranas.

Los del «Jersey» marcaron tres veces seguidas.

—¡Cielos! —exclamó Kilgore con lágrimas en los ojos—. Si siguen así, nos van a dar un baño de miedo…

Mientras, en la pista se iba a sacar de centro, Mon se acercó un instante a Guy.

—Voy a jugar retrasado —le dijo—. Pásame hacia atrás todas las pelotas que cojas. ¿De acuerdo?

Guy sonrió tristemente.

—No creo que consigas nada, amigo.

—¡Ya lo veremos! Y lo vieron.

Demostrando su maravillosa cualidad de encestador a distancia, Mon empezó a «colar» balones, uno tras otro, cada vez que la pelota llegaba a sus manos.

No falló más que dos veces, aunque el público contuvo el aliento al ver al esférico dar vueltas por el aro de la cesta.

Cuando faltaban dos minutos para el final, el «Spencer» ganaba por 64 a 42.

Los del «Jersey» no volvieron a marcar.

Cerrándose, los del «Spencer» formaban un muro de acero que no dejaba avanzar a uno solo de los jugadores contrarios, y aunque estos intentaban bloquear a aquel fenómeno que era Mon, tenían que atender también a Guy, que marcó cuatro magníficos tantos en

las ocasiones, raras, que se le presentaron.

Seis segundos antes del final, de un lanzamiento escalofriante, desde su propio terreno, Mon ponía definitivamente el marcador en 66-42.

El público enronqueció en la interminable ovación que prodigó a aquel maravilloso jugador que era Mon Mead.

* * *

Estuvieron una hora en el «Allison», un bar para deportistas, lugar en el que se reunían para comentar el partido y beber grandes vasos de inofensiva y estimulante limonada.

Aquella noche, sin embargo, a pesar de triunfo conseguido, los jugadores del «Spencer», el entrenador, el masajista y algunos grupos de «forofos», no parecían tan contentos como hubiesen debido estarlo.

Porque pensaban en Scott Carter.

El negro había sido trasladado rápidamente al «National Hospital» de la ciudad, y todos los presentes en el «Allison» estaban pendientes del teléfono, esperando alguna noticia que les llegara sobre el estado del magnífico jugador de color.

Después de las felicitaciones de rigor, Guy consiguió llevarse a Mon a una mesa apartada.

Spencer «júnior» estimaba de veras a Mead. Muy pequeño, con esa rara intuición que tienen los niños, Guy comprendió el duro e implacable carácter de su padre, su ambición sin límites y el desprecio que manifestaba abiertamente hacia todo lo que creía inferior.

En la Universidad, el joven Guy hizo lo que pudo para avanzar en los estudios de Arquitectura, que era lo que le gustaba.

Pero, desdichadamente (ahora, al menos, así lo pensaba), el deporte le atrajo y especialmente el baloncesto, donde no tardó en destacar, convirtiéndose en una figura verdaderamente extraordinaria.

Guy amaba el deporte, y el baloncesto le enloquecía; pero, lenta y paulatinamente, empezó a «despegarse» de aquel amor por el juego, cuando comenzó a comprender que el «Spencer», el equipo creado por su padre, no era para este más que una rama más de sus

fabulosos negocios.

Y esto era lo que Guy se negaba a aceptar.

Al principio, cuando Alexander Spencer fundó el club, su hijo estaba plenamente convencido que ninguna clase de interés guiaba al magnate en aquel propósito.

Y durante algún tiempo, mientras el equipo iba cobrando fama, Guy siguió creyendo a pies juntillas que Alexander era simplemente el mecenas de aquella magna obra deportiva.

Guy jugaba con verdadero entusiasmo, estaba unido a sus compañeros a los que estimaba de veras, especialmente a Mon, al que además respetaba y admiraba, consciente de la superioridad de aquel muchacho extraordinario.

Todo era extraordinario para Guy: los partidos, los entrenamientos, la vida en común con los otros muchachos, el simpático entrenador, el sacrificado masajista, los amigos y los hinchas.

Pero, desde el mismo instante en que regresaba a casa enfrentándose con su padre, el joven sentía destilar en su alma un chorro de amargura, que llegaba hasta tal punto como para maldecir, en su interior, el día en que tocó por primera vez un balón con sus manos.

Ahora, intuyendo que su padre estaba dispuesto a jugar una mala pasada a Mead, y conociendo los inconmensurables poderes del magnate, temblaba de miedo y de rabia, al mismo tiempo, no atreviéndose, no obstante, a decir nada a su mejor amigo.

Mon lanzó un suspiro.

—¡No hay derecho! —exclamó—. No se puede jugar de esa manera... ¡Esos del «Jersey» son unos sucios!

—La competición es muy dura —dijo Guy, que seguía pensando en su padre.

—Sí, ya sé que es dura, y comprendo que la gente se parta el pecho por conseguir ir a la olimpíada... pero, ¡de eso a jugar como bestias!

—Yo no creo que lo de Scott sea grave.

—Así lo esperamos todos. Lo verdaderamente indecente fue que el árbitro no expulsase a Walter, sabiendo que era el verdadero culpable de todo.

Guy entornó los ojos.

—No le eches toda la culpa al árbitro, Mon —dijo en voz baja—. Él no hizo más que seguir las instrucciones de los jueces.

—¡Entonces, eran los jueces los que estaban ciegos! Guy sonrió, aunque había mucha tristeza en sus ojos.

—No me comprendes, amigo... para ti y para mí, como para los demás muchachos, el «Spencer» es un equipo... pero hay gente que piensa que solo es un negocio más de los de mi padre.

—¡Eso es una estupidez!

—No lo creas. Papá, yo lo sé muy bien, tiene muchos enemigos, como los tiene todo hombre que consigue amasar una fortuna.

—¡Eso es pura envidia! ¡Tu padre es un hombre estupendo!

Guy se mordió los labios.

Las nobles palabras de Mead le estaban haciendo mucho daño; pero el otro, llevado por su sano entusiasmo, no había terminado de elogiar a Spencer padre.

—¿Crees que hay muchos millonarios que pierdan el tiempo creando equipos, desarrollando las actividades deportivas o gastándose el dinero a manos llenas para construir instalaciones como las nuestras?

Guy no despegó los labios.

—Cuando te digo que tu padre es un hombre admirable, no te lo digo por darte coba, Guy, y lo sabes muy bien. Es sencillamente hacer justicia.

Guy no pudo más; estaba sufriendo como un condenado, y sin poder resistir por más tiempo:

—También mi padre tiene defectos, como todo ser humano.

—Desde luego que sí.

—Ya viste de la manera que trató a Tom, cuando él te aconsejaba que no salieras en el segundo tiempo.

—¡Bah! Ya veo, Guy, que conoces a tu padre menos que yo... Estaba muy nervioso, como todos nosotros, ante el juego sucio de los del «Jersey». ¿Y sabes una cosa?

—¿El qué?

—Que le agradecí mucho a tu padre aquella dureza. Porque me di cuenta que sus palabras no iban dirigidas a Kilgore, sino a mí.

—¿A ti?

—Sí. Es como si me estuviese diciendo: «¡Vamos, Mon! No irás a hacer que piense que estás hecho de mantequilla, ¿verdad? Esos

golpes han dolido, es cierto… pero, ¿y el triunfo, muchacho? ¿Y el equipo? ¡Tienes que demostrar lo que vales, Mead! Que la gente vea que no tienes miedo a ese animal de Walter». ¡Fue, cuando habló, como si me pusieran una inyección que me curó instantáneamente!

Guy bajó la cabeza.

Si hubiera podido, ¡se habría echado a llorar!

* * *

Inclinándose un poco hacia el micrófono incrustado en la tapicería del coche, Homer Fulton musitó, comunicándose con el chófer, del que le separaba un grueso cristal inastillable:

—Ahí lo tenemos, Lorez… Es ese muchacho que está cruzando la calle.

—Le reconozco, míster Fulton.

—Bien. Avanza lentamente, pegado a la acera… has lleguemos a su altura, pero procura alcanzarlo antes de que llegue a la parada del autobús.

—Sí, señor.

El «Rolls» se deslizó sobre el asfalto con una suavidad formidable. Desde su asiento, Homer vio agrandarse la silueta del joven que avanzaba con paso firme por la acera.

El vehículo adelantó a Mon unos cuantos metros, deteniéndose luego dulcemente. Fulton oprimió el botón, y el cristal de la ventanilla izquierda descendió silenciosamente.

—«Hello, Mon!».

Mead se detuvo, un tanto sobresaltado, volviéndose para mirar hacia el magnífico vehículo.

—¿Señor? —preguntó un tanto intimidado por el lujo que representaba aquel coche excepcional.

Pero el chófer ya había salido, dando la vuelta por delante del «Rolls» para abrir la portezuela.

Y Fulton:

—Sube, muchacho. Acabo de ver el partido… y me has hecho pasar unos instantes inolvidables.

Mon sonrió agradecido, pero no se movió de la acera.

—No debe molestarse por mí, señor…

—Fulton.

—No debe molestarse por mí, señor Fulton. Estoy acostumbrado a ir en autobús a mí casa.

Y sonriendo aún más ampliamente:

—Además, señor Fulton, sería una lástima que este coche tuviese que entrar por aquel barrio...

—Es que no pensaba llevarte a casa, muchacho.

—¿Eh?

—Te estamos esperando desde que entraste en el «Allison» con todos tus amigos. He dispuesto una fiesta en tu honor, en mi casa... hay mucha gente que te aprecia de veras y que te está esperando... se sentiría tremendamente defraudados si no te presentases...

—Eso es otra cosa, señor Fulton. Aunque pienso que mis compañeros merecen esa fiesta tanto como yo.

—Ya he pensado hacer una fiesta para todo el equipo, antes de que vayáis a jugar contra el «New York»...

—¡Ojalá consigamos llegar hasta allí!

—¡Claro que lo lograréis! Anda, chico... sube... como todos los personajes famosos, te debes, lo quieras o no, a tus admiradores.

Mead se encogió de hombros, sin dejar de sonreír.

—Como usted quiera. Y subió al coche.

Nunca había tenido la ocasión de montar en un coche como aquel. Cuando vio el amplio espacio posterior, el departamento dedicado a la licorería-bar, el teléfono y el pequeño televisor incrustado en la pared medianera, se quedó boquiabierto.

—¡Esto es un palacio con ruedas!

—¿Te gusta?

—¡Es una verdadera maravilla, señor Fulton! Aunque, con toda franqueza, prefiero una buena moto...

Era uno de sus sueños; pero, prudente, aunque había conseguido ahorrar cerca de dos mil dólares, guardaba celosamente el dinero para, cuando pudiera, llevar a cabo el proyecto con el que no había dejado de soñar un solo instante.

Quería estudiar. Deseaba ser médico, y aunque sabía lo difícil que iba a ser aquella empresa, tenía confianza en sí mismo y en su voluntad férrea.

Por eso no se había comprado una moto, otro de sus sueños, aunque se moría de envidia cuando veía pasar junto a él alguna de aquellas potentes máquinas japonesas que lucían muchos de los

jóvenes de la ciudad.

—Mis amigos y yo hemos hablado mucho de ti, Mon.

—¿De veras?

—Sí. Todo el mundo conoce tus excelentes cualidades y se maravillan de saber que trabajas por las tardes, cuando podrías no hacerlo.

—Me basta por las mañanas para entrenar, señor Fulton. Además, hablándole con franqueza, no puedo dejar de agradecer al señor Spencer que me pague la totalidad del sueldo, no trabajando más que la mitad de la jornada.

Por un instante, se sintió conmovido por la inocencia de aquel muchacho. Pero sus buenos sentimientos duraron muy poco.

«Tiene que haber —pensó— gente tonta, soñadores e ilusos como este chico. Porque, si no hubiese memos en cantidad ingente, ¿cómo ganarías lo que ganas, amigo Fulton?».

Sonrió, pensando con orgullo en la magnífica manera en que había triplicado la fortuna que le dejó su padre. Actualmente, su casa era un centro de reunión para la crema de la sociedad de la ciudad, además de muchos importantes forasteros que acudían a ella para divertirse por la noche.

Y jugar.

Porque además del baile, del salón de té y demás atracciones que el palacio de Fulton brindaba a sus clientes, los sótanos, regiamente instalados, se habían convertido en un casino que en nada tenía que envidiar a muchos de Las Vegas.

Sí, era cierto que ganaba mucho menos dinero que Alexander Spencer, pero se arriesgaba menos y tenía muchos menos dolores de cabeza que el magnate de los supermercados.

—Lo vas a pasar muy bien, «boy» —dijo Homer con una sonrisa —. Hay mucha gente esperándote y, entre ella, chicas muy bonitas...

Notó que el rostro del jugador se enrojecía.

—¿No irás a decirme que no te gustan las chicas, eh? Mon enrojeció aún más intensamente.

—Sí, señor... me gustan... pero la verdad es que no he tenido tiempo para ocuparme de otra cosa que no fuera el deporte...

—¡Hay un tiempo para todo, Mead! Está muy bien dedicarse intensamente a lo que uno ama... pero, de vez en cuando, hay que

divertirse un poco… la vida, amigo mío, es demasiado corta, desdichadamente.

CAPÍTULO V

—¿Qué te parece, pequeña?

Clarisse Burton esbozó una sonrisa.

Era una muchacha alta, esbelta, cuya magnifica anatomía estaba resaltada por el atrevido traje de noche, de lamé verde, que dibujaba los contornos del cuerpo con una precisión escultórica.

La larga cabellera rubia le caía sobre los hombros desnudos como un Niágara de oro; tenía unos grandes ojos rasgados, de un verde esmeralda, una nariz ligeramente respingona y una boca dotada de labios perfectamente dibujados, con un no sé qué de sensualidad en el húmedo reflejo que despedían bajo la luz de las grandes lámparas que pendían del alto techo del salón.

—Ya le había visto en las revistas y en la televisión… pero está mucho mejor al natural.

¡Es un chico muy guapo!

Fulton frunció el ceño.

—No es su atractivo el que va a jugar en esta ocasión, Clarisse, sino el tuyo.

—Entiendo —dijo ella al tiempo que la sonrisa huía de su boca.

—Vas a tener muy poco tiempo, preciosa —dijo el hombre—. La verdad es que no puedo darte más que una semana.

—¿Para qué?

—Para «todo». Para que le hagas subir al cielo y para que le despeñes luego directamente al abismo más infernal. Ya te expliqué el plan con todo detalle.

—Lo haré.

—Lo sé. Hay diez mil dólares para ti, que no está mal para siete días de trabajo, ¿no?

Los hermosos ojos de la muchacha brillaron de codicia.

—Es como si ya tuviese esos diez de los grandes en el bolsillo —dijo.

—Bien. Ven conmigo, voy a presentártelo… y luego procura quedarte sola con él.

—No temas, mí querido Homer.

Mon estaba rodeado de gente que le escuchaba ansiosamente, mientras relataba las incidencias del partido que acababa de celebrar.

A ninguno de los presentes le interesaba demasiado el juego, a no ser el que se llevaba a cabo en el sótano, pero el dueño de la casa les había dado instrucciones, y todos ellos representaban su papel a las mil maravillas.

Mead estaba en el séptimo cielo.

Jamás se había visto tan adulado y, sobre todo, por personas tan importantes... y por mujeres tan bonitas. No paró de firmar autógrafos y muchas chicas le besaron ruidosamente en las mejillas, lo que le puso más bien un poquitín nervioso.

—Mon...

El joven se volvió hacia míster Fulton, pero casi enseguida, como atraído por un potente imán, miró a la joven que el hombre tenía a su lado.

Miró a sus ojos...

Algo extraño, que no había sentido hasta entonces, inundó su pecho con una tibieza dulce, y fue como cuando, en la cancha, acababa de conseguir un enceste fenomenal y se quedaba, unos cortos instantes, como sin fuerzas, repleta el alma de una dicha inenarrable...

* * *

—No quiero que le ocurra nada malo, madre...

Pamela Spencer lanzó un suspiro.

Madre e hijo se encontraban en el salón de piso tercero, que la mujer había convertido en estudio.

Pamela procedía de una familia medianamente acomodada, gente oriunda de Boston, estricta y seria, con profundas raíces religiosas.

Desde muy joven, Pamela se había sentido poderosamente atraída por la pintura, y su sueño hubiera sido él de convertirse en una famosa retratista.

Pero, al casarse con Alexander, diez años mayor que ella, hubo de ceder a las imperiosas órdenes de su marido quien, frunciendo el

ceño, dijo:

—¿Estás loca? ¿Una artista como mujer de un hombre de negocios? Sí, al menos, tus cuadros valiesen algo, podríamos hacer copias y venderlos en mis almacenes.

Finalmente, tras años de súplica, Alexander le concedió aquel saloncito que había convertido ella en su «jaula de oro», como ella solía decir, sonriendo tristemente.

—Si yo pudiese hacer algo, Guy…

—¡Tenemos que intentarlo, mamá! ¡Padre no tiene derecho alguno a hacer daño a Mon! Si hemos llegado al puesto que ocupamos actualmente en el torneo para la olimpíada… ¡ha sido gracias a él!

El rostro de la mujer se entristeció aún más.

—Tu padre es un hombre extraño, Guy. No es que sea malo, pero los negocios y la ambición le han endurecido… yo también tuve que ceder.

Miró a su alrededor, viendo los cuadros que había ido pintando. Había una hermosa colección de retratos de su hijo, desde que Guy era apenas un bebé.

Cuadros magníficamente conseguidos… pero que nadie había visto jamás. Guy apretó los puños.

—Quiero decirte algo, mamá… si papá echa a Mead, ¡yo abandonaré también el «Spencer»!

Ella se alarmó.

—¡No puedes hacer eso, Guy! Bien sabes que lo que papá desea es que tú te conviertas en la figura del equipo…

—¡Y yo lo sería, con muchísimo gusto, si no hubiera un Mon en el equipo! Si es mucho mejor que yo, ¿por qué destrozar la vida de ese chico para hacer que yo ocupe el primer puesto? ¡Eso no es deporte, mamá! ¡No es jugar limpio!

Ella suspiró.

—Que el Señor nos ilumine… —dijo con voz queda, profundamente preocupada y entristecida.

* * *

Ella le había cogido del brazo, sacándolo del salón para pasear un poco, bajo la plateada luz de la luna, por la inmensa terraza.

—¿Sabes una cosa, Mon? Porque... puedo tutearte, ¿verdad?

—Desde luego que sí.

—Ha habido momentos, cuando seguía las incidencias de los encuentros del «Spencer» en la televisión, que has estado a punto de provocarme un ataque de nervios.

—De veras que lo lamento, *miss* Burton...

—¿Qué es eso de «miss»? ¿No habíamos quedado en tratarnos de tú?

—Perdone... quiero decir, perdona... Clarisse...

—Así me gusta más. ¡Eres un chico estupendo!

Anduvieron unos instantes en silencio, hasta detenerse junto a la balaustrada de mármol, desde la que se veía la plazoleta con aquella monumental fuente en el centro; la luna, rielando en el agua, ponía chispas plateadas en la verde superficie del líquido.

—Mon...

—¿Sí?

—¿Me dejas besarte?

Él se puso tenso, envarado, pero ella le echó los brazos al cuello, atrayéndole hacia ella. Por un instante, Mead creyó que, como las otras muchachas del salón, Clarisse iba a limitarse a plantarle dos besos en las mejillas...

Pero cuando sintió la boca de ella, una boca ávida, sobre sus labios, el muchacho se estremeció de pies a cabeza.

* * *

—Muchachos... —dijo Tom antes de iniciar el entrenamiento aquella mañana—, solo nos quedan dos pasos para ir a la ciudad de los rascacielos.

Ellos sonrieron.

—Primero, tenemos un hueso duro que roer, el «California», un equipo que se ha destacado de golpe, casi desconocido hace dos años, pero que se ha convertido en un torbellino gracias a los tres delanteros, los tres portorriqueños...

Hizo una pausa.

—Esos tres chicos son un verdadero vendaval. No se trata, como cuando nos enfrentamos al «Jersey», de pelear contra la fuerza bruta, la potencia y la dureza— sino contra la endemoniada

velocidad de unos muchachos que se desplazan por la cancha como verdaderos cohetes.

—Yo los he visto en la televisión —dijo Glen Hinton.

—Hay que verlos al natural para creer lo que se está viendo —sonrió Kilgore—. Yo estuve en Los Ángeles… y os aseguro que me pusieron de punta los pocos pelos que me quedan.

—¿Tan rápidos son?

—¡Flechas! ¡Saetas! ¡Dardos endemoniados! No son muy altos como casi ninguno de su raza lo es, pero eso no les importa. Los dos defensas son americanos y lo bastante altos como para cumplir con su misión. Un poquitín duros también, pero nada comparable con la mula de Walter.

—Y hablando de Walter —dijo Guy—, ¿cómo se encuentra el bueno de Scott? Es una lástima que no hayan permitido que le visitásemos.

—Yo he ido a verle un montón de veces —dijo el entrenador—, en estos últimos tres días. Está recuperándose velozmente.

—¿Jugará con nosotros contra el «California»?

—Ya veremos… —respondió prudentemente Kilgore—, aunque creo que terminaré por decidirme a alinearle, al menos en la primera mitad.

Dio una rabiosa chupada al puro que sostenían sus dientes amarillentos.

—Pero sigamos hablando de esos condenados portorriqueños. Como os iba diciendo, son jugadores peligrosísimos, y su táctica, siempre la misma, con pequeñas variaciones, les da resultados óptimos.

—¿Cuál es su táctica? —sonrió Robert. Tom le lanzó una mirada aviesa.

—Ya verás su táctica, Bob… la vas a sentir como un escalofrío. Cuando veas acercarse a ti a ese trío de demonios, creerás que ha llegado el fin del mundo.

—¡No será tanto, señor Kilgore! —sonrió Robert.

—¡Pedazo de tonto! ¿Crees que va a servirte de mucho tu estatura y tu fuerza! Glen y tú, os lo aseguro, las vais a pasar moradas.

Movió la cabeza de un lado para otro.

—Son tres, no lo olvides: Antonio y Felipe en las alas y ese

diablo de Lolo en el centro. Lolo es el más bajo del equipo, apenas mide un metro sesenta... pero es un verdadero gigante.

Lanzó un corto suspiro, más bien un bufido.

—Avanzan siempre juntos, pasándose en corto, desplazándose como centellas... son imparables, incontenibles, se escurren como serpientes y se mueven como un tornado... Llegan juntos a la cepa y entonces, mí querido Bob, no hay nadie que sepa quién tiene el balón. Se lo pasan y repasan, a menos de un metro de distancia, diez, veinte, treinta veces... ¿y sabes lo que le pasa a la defensa enemiga?

—¿Qué?

—Se quedan bizcos, atontados... moviendo la cabeza como muñecos de feria... y cuando todavía no saben lo que ocurre, ¡zas! uno de los tres tira el balón, desde abajo... y el esférico, en una parábola increíble se cuela en el cesto...

Se dio una palmada en la frente.

—¡Os digo que son increíbles...! Pero... ¿qué diablos le pasa a Mon! ¡Santo cielo! ¡Si se ha quedado dormido...!

Guy, que estaba al lado de Mead, sentado en la pista como los demás, dio un codazo, a su amigo.

—¿Eh? —inquirió Mon abriendo los ojos y con expresión de susto—. ¿Va a empezar el segundo tiempo?

La carcajada fue general.

Todos rieron, todos menos Tom que, poniéndose en pie, hizo un gesto a Mead, mientras su expresión se ensombrecía.

—Ven conmigo un momento, chico.

Se alejaron hacia un rincón de la pista. Allí, alzando el rostro, Tom, con el ceño fruncido, miró el rostro abotargado y los ojos hinchados del jugador.

—¿Qué diablos te ocurre, Mon?

—¿A mí? Nada, señor Kilgore. ¡Absolutamente nada!

Tom torció el gesto.

—¡No me vengas con cuentos, Mead! Hace exactamente tres días, desde el último encuentro, estás como alejado, raro, alejado de la realidad...

—No se quejará usted de mi juego, ¿verdad?

—No. Es cierto que cuando empezamos a entrenarnos eres el mismo de siempre... quizá, para serte franco hayas mejorado un

poco... pero cuando os hablo o cuando estamos en los vestuarios... ¡adiós! Te lanzas a no sé qué demonio de planeta...

Mead sonrió.

—De veras que no me ocurre nada, señor. Quizá es que duermo menos.

—¿Y por qué duermes menos?

—Un poco de insomnio...

Kilgore clavó sus ojos agudos en los del joven.

—Tú me ocultas algo, Mon. Estoy seguro de que no duermes porque pasas las noches en alguna otra parte...

—Pero...

—Sí, ya sé que no debo inmiscuirme en los asuntos íntimos de los jugadores... a menos que interfieran en la calidad del juego.

Se mordió los labios.

—Te ruego que seas prudente, chico. No abuses de tu cuerpo. Eres joven y fuerte, pero no un dios.

Y tras una corta pausa:

—Un deportista debe descansar, dormir como un niño... lo sabes tan bien como yo. Ten cuidado, hijo. Sería una lástima, una verdadera lástima que te encontrases de repente ante un cuerpo, el tuyo, que no reacciona como tú quieres que lo haga.

* * *

—Amor mío...

Ella sonrió, haciendo girar el «Jaguar», que brincó ágilmente sobre la cuneta para adentrarse en la zona donde la arena de la playa era bastante dura.

—¿Quieres que nos bañemos? —inquirió él lanzando una mirada a la tersa superficie del océano en el que se reproducían los lejanos destellos de las estrellas.

—No, esta noche, no —repuso ella con un mohín.

Alarmado, Mon miró el perfil severo de la muchacha, preguntándose si habría hecho algo que desagradase a Clarisse. Como siempre —no habían vuelto a casa de Fulton desde la noche en que se conocieron—, habían dado vueltas en el coche de ella, bañándose o deteniéndose simplemente en algún lugar apartado para charlar y besarse.

Dos veces había intentado él invitarla a cenar, pero ella, riéndose, medio en broma y medio en serio, le dijo que no podría pagar los lugares donde ella solía cenar.

Aquello le dolió mucho y, por la tarde, antes de ir a trabajar, sacó el dinero que tenía escondido, metiendo los 2.000 dólares, ahorrados tan trabajosamente, en la cartera.

Estaba dispuesto a gastarse hasta el último centavo con tal de complacerla.

—¿Te ocurre algo, cariño? —inquirió él con un tono medroso en la voz.

—No.

—Te encuentro rara...

Clarisse se volvió bruscamente hacia él, con un brillo intenso en sus hermosos ojos verdes.

—Quiero preguntarte algo, Mon.

—Lo que tú quieras.

—¿Me amas?

Mead estuvo a punto de echarse a reír, pero no lo consiguió, y muy serio:

—Bien sabes que sí, Clarisse. Eres lo más preciado de mi vida... y mi único deseo es hacerte la mujer más feliz del mundo.

Ella le besó entonces, larga y amorosamente. Luego:

—Sé que me amas, cariño... —dijo con voz melosa—, por eso me da tanta pena que lo nuestro tenga que terminar... ahora.

—¿Eh? ¿Qué estás diciendo?

—Escucha, Mon, amor... Yo también te amo, puedes creerme... tanto que he hablado a mis padres de ti, de mi deseo de convertirme en tu mujer!

—¡Oh!

—Pero, hay que decirlo todo, aunque mamá está de acuerdo... no es ese el punto de vista de papá. Compréndelo, encanto... mi padre es un hombre rico, y no aceptaría nunca que me casase con un hombre...

—¿Pobre?

—No he querido ofenderte.

Mead sintió que una profunda tristeza le invadía; tristeza y rabia, furia de no poder poner a los pies de aquel padre al que no conocía todos los millones del mundo...

—Seré rico, Clarisse, muy rico. Cuando ganemos en Moscú, me haré jugador profesional y ganaré una verdadera fortuna.

—Mi padre no esperará tanto tiempo… además, nunca podrás ser un hombre rico con el baloncesto… hay otro medio…

Mon vio el cielo abierto.

—¿Otro medio? ¿Cuál?

—La fortuna.

—No te entiendo.

—¿Recuerdas la casita que vimos, la otra noche, cerca de Palm Beach?

—¿Aquel palacio? ¿Te imaginas lo que vale?

—He soñado siempre con vivir en ese lugar, con mi esposo, mis niños… es decir, nuestros hijos…

—Eso es imposible. Esa casa vale más de cien mil dólares.

—Lo sé… pero si tú quisieras. Él la miró con fijeza.

—¡Estoy dispuesto a hacer lo que sea! A robar… si es preciso.

Ella le sonrió.

—No dramaticemos, cariño. Ya te he dicho que hay un medio… yo no tengo suerte, personalmente, pero se la doy a los demás.

—¿Llevas algún dinero?

—¡Dos mil dólares!

Ella le miró, extrañada, pero se limitó a sonreír, y poniendo el coche en marcha:

—Mañana compraremos la casa… y la semana que viene nos casaremos…

—¡Estás loca!

—Ya verás cómo no lo estoy. Ya te he dicho que voy a darte mucha, muchísima suerte… además de mucho, muchísimo cariño.

CAPÍTULO VI

Nunca había estado en un lugar como aquel. Había visto salas de juego en las películas que se desarrollaban en Las Vegas, pero se quedó boquiabierto al penetrar en el lujoso sótano de la mansión de míster Fulton.

Mesas de 21, máquinas tragaperras de todos los tipos, póker y una gigantesca mesa con la ruleta giratoria en el centro.

Cogido del brazo, ella le llevó a la caja para cambiar el dinero por fichas.

—Cámbialo todo —le dijo—. Y no temas. La fortuna acabará poniéndose de nuestra parte.

Él miró con ojos tristes los billetes que había reunido uno a uno, a costa de tantos sacrificios; pensó en la motocicleta y, sobre todo, en aquella carrera de médico que parecía alejarse de él para siempre.

Fueron a sentarse a la mesa de la ruleta.

—Yo te iré diciendo dónde debes dejar las fichas —le dijo Clarisse—, pero no me las dejes tocar... eso da muy mala suerte.

—Como quieras.

—Pon doscientos dólares al impar.

Perdieron.

—No te preocupes, cariño. Anda... pon quinientos al 13.

Volvieron a perder.

Al ver cómo se fundía el dinero, Mon no pudo por menos de estremecerse.

Había sido un loco siguiendo los consejos de Clarisse; pero, casi enseguida, el dulce recuerdo de cómo la amaba, de cómo la deseaba, apaciguó por completo sus temores.

—¡Ahora pon mil al negro!

—¿Tanto?

—Sí.

Y volvieron a perder.

Triste, cariacontecido, Mon miró las pocas fichas que le

quedaban en la mano.

Fue entonces cuando el *croupier*, aprovechando el ensimismamiento del joven, miró a Clarisse, quien le sonrió al tiempo que le hacía un gesto de asentimiento.

Mon alzó una mirada tímida a la muchacha.

—No nos quedan más que trescientos, cariño.

—¿Y qué? Ahora siento que la fortuna está de nuestro lado... ¡Pon los 300 al 13, otra vez!

Lo hizo, con un gesto fatalista.

La bola brincó locamente, mientras que la rueda multicolor giraba.

¡Y salió el 13!

—¡Hemos ganado! ¡Hemos ganado!

Y siguieron jugando.

Una montaña de fichas se fue acumulando ante los ojos maravillados de Mead.

Y ganaron. Y volvieron a ganar, sin fallar una sola vez, mientras que la gente rodeaba la mesa de la ruleta, sorprendida por aquella racha de buena suerte.

Sonriente, el *croupier* iba apretando el pedal oculto bajo la mesa, frenando la ruleta para que saliese el número sobre el que iluso de Mon iba colocando las fichas.

Dejaron de jugar hacia las tres de la madrugada. Habían ganado 120.000 dólares.

—¿Lo ves, amor mío? ¡Ya casi tenemos la casa! Mañana por la noche, volveremos... y pasado mañana... hasta que hagamos saltar la banca, hasta que ganemos ese millón de dólares y podamos ir a mí casa para recibir la bendición de mis padres!

* * *

—¡Bravo, Mon!

Al salir de las manos de Mead, el balón parecía correr hacia el cesto como un pedazo de hierro corre hacia un imán.

¡Ni un solo fallo!

—¡Basta! ¡Basta! ¡Estás como nunca, chico! Aunque un poco ojeroso...

—Señor Kilgore.

—¿Sí?

—Pasado mañana jugamos con el «California»... ¿no podría darme usted la mañana de mañana?

Tom frunció el ceño.

—No puedo, Mon, aunque sí, cerraré los ojos, como los estoy cerrando desde hace unos días, permitiendo que llegues un poco tarde...

—¡Gracias!

—Duerme un poco más, chico. No sé dónde pasas las noches... pero recuerda que esos portorriqueños son verdaderos demonios.

—No tendrán nada que hacer con nosotros.

—Así lo espero.

* * *

—Lo siento, Mon. Lo hemos perdido todo.

Mead no daba crédito a sus ojos.

Habían empezado a ganar, y le parecía como si la suerte de la víspera estuviese sentada de nuevo a su lado... en forma de Clarisse.

Ahora habían perdido. Todo.

Ciento veinte mil dólares que se habían fundido como la nieve en un día de sol. Miró a la muchacha.

—No me queda ni un centavo, cariño. Hasta que cobre a final de mes.

Ella frunció el ceño.

—¡No me recuerdes ahora que no eres más que un simple empleaducho de un supermercado! Ha sido culpa tuya si hemos perdido...

—¿Eh?

—¡Lo que oyes! La fortuna sonríe a los audaces, como ocurrió anoche. Hoy, sin embargo, cuando empezamos a perder... casi te echaste a llorar... ¡y la ruleta no quiere a los cobardes!

—Pero...

Ella le lanzó una mirada cargada de desdén.

—¡Hasta nunca, «muertodehambre»! Si alguna vez deseas a una chica de mi categoría, empieza por ser un hombre de verdad y ofrecerle el dinero que necesite!

Le volvió la espalda, echando casi a correr para terminar

desapareciendo en lo alto de la escalera.

Mead se quedó de piedra.

Fue entonces cuando una mano amistosa, al menos así lo parecía, se posó en su hombro.

Era míster Fulton.

—No hagas caso, muchacho. Todas las mujeres son iguales.

—He perdido todo, señor...

—Lo sé. Voy a mandar que preparen el coche para que te lleve a la ciudad.

—No, gracias, señor Fulton, prefiero ir andando. Tengo que pensar mucho.

—Como quieras.

En cuanto Mon dejó la casa, Homer se precipitó al teléfono, marcando nerviosamente un número.

—¿Sí? —oyó en el auricular poco después.

—Soy yo, Fulton. ¿Es usted Morton?

—Sí, señor.

—La operación ha terminado. El corazón de nuestro héroe ha saltado en pedazos... en pocas horas, apenas setenta, ha sido dueño de una pequeña fortuna, novio de una hermosa mujer, casi propietario de una gran mansión... para convertirse ahora en un pobre sin un centavo en el bolsillo que, con toda seguridad, estará haciendo auto-stop para regresar a la ciudad.

—Todo eso está muy bien —dijo la voz de Fred con un claro acento escéptico—; pero ¿cree usted que ya no es el mismo?

Fulton lanzó un resoplido por el aparato.

—¿Por quién me toma usted, Morton? —rugió—. Cuando Fulton se encarga de algo, lo hace a conciencia y con conocimiento de causa. No en vano trato con gente desde hace mucho tiempo: gente desesperada, Fred, millonaria a las once de la noche y arruinada a las tres de la madrugada... o viceversa.

Hizo una corta pausa.

—Conozco la naturaleza humana lo suficientemente bien como para afirmar rotundamente que ese chico está completamente destrozado, material y moralmente.

—Perdone, yo no...

—Por el momento, está aún bajo los efectos del trauma que ha sufrido y me parece verle, por la carretera, mordiéndose los labios y

con los puños apretados.

»Es la reacción lógica de alguien que acaba de ser despreciado por la mujer a la que ama locamente. Todavía le mantiene la rabia... y hasta le parece que va a poder vencer todas las dificultades... olvidar a la chica... volver a ser el mismo...

Lanzó una risita de hiena.

—Pero, amigo Morton, en el momento que su cólera se enfríe, cuando, tras apenas dormir lo que queda de noche, se despierte y vea las cosas en la cruda realidad... ¡Se habrá convertido en una piltrafa humana!

* * *

—¡¡¡¡BUAAAAAAAAAAAAAA...!!!!

Tom Kilgore bajó la cabeza, intentando meterla al máximo entre sus hombros, avergonzado de tal manera, que hubiese deseado que se abriera el suelo a sus pies y que la tierra se lo tragase.

Porque los que estaban abucheando no eran enemigos, sino amigos, «hinchas», «forofos» del «Spencer», que lógicamente no podían comprender los terribles fallos de su jugador favorito.

Porque... ¡era la quinta vez que Mon fallaba sus disparos al cesto de los del «California»!

Apenas ocho minutos de juego y el marcador señalaba un vergonzoso 6-22. Tom maldijo en voz baja, y volviéndose hacia Lucas:

—¿Puede alguien explicarme lo que le ocurre a ese idiota, Allen?

—No lo comprendo, Tom...

—Pero, ¡si no parece el mismo! Coge a un chaval de la calle, ponlo en la cancha... y jugará mucho mejor que ese cretino de Mead...

—¡¡¡BRAVO!!!

El trío portorriqueño acababa de marcar de nuevo.

—¿Te das cuenta? ¡Es nuestro público el que vitorea al contrario!

—Es lógico. Los nuestros parecen muñecos...

Curioso, Tom se dirigió hacia la mesa de los jueces, demasiado atentos con el juego para mirar a los entrenadores.

—¡Pido tiempo, señores!

Uno de los jueces sonrió:

—Concedido, señor Kilgore... van un poco mal las cosas, ¿eh?

—¡Váyase usted al infierno...!

El árbitro detuvo el juego.

Cabizbajos, Los del «Spencer» formaron el consabido semicírculo alrededor del entrenador.

Tom, sin perder un instante, avanzó un índice acusador hacia Mead.

—¡Quiero que me digas ahora mismo lo que te pasa!

Mon no se atrevía a alzar la mirada del suelo.

—Deje que me vaya, señor Kilgore.

—¿Irte?

—Sí. No sé lo que me pasa... no coordino... no estoy jugando bien...

—¡Pues claro que no estás jugando bien! Más aún... ¡no estás jugando...! Lo haría mejor un paralítico y ciego al mismo tiempo.

Sus ojos brillaron como ascuas.

—Pero no voy a sacarte de la cancha, Mon. ¡Ni lo sueñes! Si estuvieses enfermo «de verdad» o te hubieran lesionado, yo sería el primero en hacer que te sustituyeran...

»Pero no te ocurre nada de eso. Durante toda la semana pasada y parte de la anterior, has hecho de las tuyas... ¡y me importa un rábano saber lo que has hecho! Allá tú con tu conciencia, si es que la tienes.

Se puso en pie, haciendo que el otro le mirase a los ojos.

—Ahora quiero que sigas jugando. Mira al público y fíjate en tus compañeros que han hecho todo lo posible para servirte balones durante todos estos minutos. Te debes a tu equipo y a la gente que confía en ti.

»Si sigues haciendo el idiota, si dejas que los del “California” nos den una soberana paliza... es igual. Jugarás este primer período aunque me muera de rabia en esta puñetera silla.

Su voz se hizo silbante.

—Pero... si ha transcurrido el primer tiempo y no has cambiado, no solo saldrás de la cancha... ¡sino del equipo! Yo mismo, y bien sabe Dios que se me partirá el corazón... ¡te echaré a patadas del «Spencer»!

El árbitro llamó a los jugadores al centro del terreno. Lucas miró

al viejo entrenador.

—¿Crees que va a reaccionar?

Kilgore movió tristemente la cabeza.

—No, Lucas... Mon está perdido. Alguien, y no quiero pensar quién, ha hecho que le vaciasen por dentro. Está hueco, podrido como un fruto que ha caído del árbol.

—Deberías haber solicitado su sustitución ahora mismo.

—No. Quiero que purgue su pena. Deseo que se muera de vergüenza... que se hunda definitivamente... ya que un deportista de verdad que olvida a sus camaradas, que olvida a sus seguidores, no merece más que eso... ¡desaparecer para siempre!

—¡¡¡BRAVO!!!

Lolo acababa de marcar de nuevo.

Y a partir de aquel instante, solo dos clases de exclamaciones brotaron de los graderíos. Las unas señalaban los fallos continuos de Mon; las otras los formidables encestes del trío de portorriqueños.

—¡Bravo!

—¡Bua... aaa!

Cuando el árbitro pitó el final de la primera parte, el marcador señalaba algo que los del «Spencer» no habían conocido jamás:

«21-99»

Tom fue hacia los vestuarios, esperó la llegada de los jugadores y, cuando Mead apareció, le miró con una frialdad imponente.

—¡No quiero que ni siquiera te duches! ¡Para lo que has sudado! ¡Vístete y lárgate de este local... para siempre!

* * *

El mayordomo sirvió ceremoniosamente el excelente coñac francés.

—Puede retirarse, Edward —dijo míster Spencer—. Deseamos quedarnos solos.

—Como el señor ordene.

Con una amplia sonrisa en los labios, Alexander paladeó el dorado líquido. Había llegado el momento de atacar, de lanzarse a fondo.

Pero, conociendo la amistad que existía desde siempre entre Mon y su hijo, no las tenía todas consigo, aunque esperaba, sin

duda alguna, acabar por imponer sus puntos de vista.

—Guy...

—¿Sí, padre?

—Has jugado un maravilloso segundo tiempo. Ya sé que hemos perdido... pero después del terrible tanteo con que terminó el primer periodo, 21-99, el conseguir que el partido acabase con un 103-118 ha sido un verdadero milagro; es decir, ha sido obra tuya. ¡Estoy inmensamente orgulloso de ti!

Guy alzó la cabeza.

Sonreía, y había en sus ojos un brillo que no dejó de sorprender a Alexander, aunque más sorprendió a la señora Spencer.

—Tenías razón, padre.

—¿Eh?

—Como siempre, papá, tenías razón, toda la razón del mundo. Ese Mon no merece nada, nunca mereció nada de lo que por él hiciste. Se ha reído de todos nosotros y del aprecio que le teníamos.

—Nunca pensé que llegases a esa conclusión lógica, hijo.

—Pues ya lo ves. Los hechos me han demostrado que tenías razón...

—¡Estupendo!

—Quiero ser la figura del equipo, el mayor encestador del país y el vencedor de la Olimpíada.

—¡Hijo mío!

—Pero, papá... también quiero vivir en consonancia con mi rango.

—Me parece lógico.

—Por eso quiero pedirte algunas cosas. No me parece bien que el hijo de Alexander Spencer no tenga la apariencia regia de su padre.

—¡Me emocionas! Pídeme lo que quieras.

—Deseo poseer el mejor deportivo que exista... y que me des todo el dinero que necesite... sin límite...

Spencer frunció el ceño.

—No te habrás enamorado, ¿verdad?

—No se trata de eso, padre, aunque no andas muy descaminado...

—¿Quién es la afortunada?

—Ya habrá ocasión para que la conozcas, pero más que el

interés que tengo por esa chica, deseo, primordialmente, dar a la gente una imagen de «Spencer júnior» que te llene de legítimo orgullo. ¿Puedo contar con tu apoyo?

—¡Por completo, hijo mío!

La señora Spencer bajó los ojos, al tiempo que sus labios dibujaban una sonrisa de triunfo. Porque solo ella conocía de veras a su propio hijo.

CAPÍTULO VII

—Oye, Homer... ¿quién es ese muchacho?

Fulton sonrió.

—Algo con lo que has estado soñando desde niña, Clarisse... Un multimillonario... ¡de verdad!

—¿No me digas que es Spencer júnior?

—El mismo, ¿no has visto el «Matra» plateado que hay delante de la escalinata? Un coche especial que ha costado una verdadera fortuna...

—¡Preséntamelo!

—Más despacio, encanto. Quiero hacerte sufrir un poco.

—¡Malvado!

—Porque si Guy, que así se llama ese chico, ha conseguido que su padre le regale el coche y le asigne una fortuna para sus gastos personales... ha sido gracias a ti.

—¡No!

—Sí, Clarisse; ha sido así, como suena. Tú eliminaste a aquel idiota de Mon, y Guy se ha convertido, tal y como su padre deseaba, en la estrella del «Spencer».

—Entonces... fue Spencer padre quien pagó todo aquello, ¿verdad?

—Verdad.

—Entonces, ni siquiera necesito que me lo presentes. Ese chico tiene una deuda conmigo... y va a pagarla mucho más caro de lo que él mismo imagina.

—¿No estarás pensando en conquistarlo?

—¡Bah! Conquistarlo sería coser y cantar. No, Fulton... ¡voy a casarme con él!

—Apuesto lo que quieras a que no lo conseguirás.

—No me tientes... Homer, pero voy a aceptar una apuesta... Si gano, me regalas el coche que me prestaste para engañar a ese bobo de Mead.

—¿Y si pierdes?

Ella le miró fijamente a los ojos.

—Si pierdo… ¡haré lo que tú quieras!

* * *

—¡Ahora, Scott!

El negro botó aún el balón un par de veces; luego, su enorme mano lo lanzó con matemática precisión a las de Guy.

—¡Lanza!

De nada sirvieron las manos alzadas de la defensa del equipo de reserva que entrenaba al «Spencer». La pelota describió una parábola perfecta, penetrando como un bólido en la cesta.

—¡Alto!

Los jugadores se dirigieron hacia el asiento del entrenador.

—¡Magnífico, chicos! —dijo Tom—. La coordinación de la delantera es perfecta. Está muy bien, Lower… te has adaptado enseguida.

—Gracias, señor Kilgore.

Lower ocupaba el antiguo lugar de Guy, el de ala izquierda, ya que el hijo de Spencer había pasado al centro, al sitio de Mon Mead.

Nadie había vuelto hablar de él.

No significaba aquello que sus compañeros hubieran dejado de pensar en aquel extraordinario jugador, pero evitaban mencionar su nombre.

Porque seguía doliéndoles la desgracia en que había caído aquel excelente muchacho.

—Mañana —dijo Kilgore con los ojos encendidos—, salimos para Los Ángeles. Vamos a devolver la visita del «California»… y quiero demostrar, especialmente a esos portorriqueños, que no tienen nada que hacer con nosotros.

—¡Les ganaremos!

—No lo dudes, Scott. Por eso hemos cambiado de táctica… haciendo que nuestra delantera se vuelva tan rápida como la de ellos. Ya que no tenemos un lanzador de distancia de la talla de…

Se mordió los labios.

Todos comprendieron que se refería a Mon, el único capaz de permitir que un equipo se clavase en una defensiva absoluta, lanzando desde lejos y consiguiendo enceste tras enceste.

Hubo un silencio penoso.

Luego, Tom, echándose a reír, con una risa que sonaba a falsa, animó:

—Y después del «California»... ¡a New York! ¡El último partido, muchachos! Y con un poco de suerte, el triunfo... y... ¡camino a la Olimpíada!

* * *

—¡Sube!

Mon se volvió, sorprendido, mirando al imponente «Matra» que se había pegado a la acera. Mead acababa de salir del trabajo y los escaparates del «Spencer Center» estaban empezando a apagarse paulatinamente.

—¿Qué quieres, Guy?

—¡Sube, hombre! Quiero hablar contigo...

—No creo que tengamos nada que decirnos tú y yo...

—¡Maldito cabezota! ¿Es posible que creas que una amistad como la nuestra puede desaparecer así como así? Eso me demostraría que no eras el amigo por el que yo siempre te tomé.

—Está bien.

—¿Cómo te va, Mon?

—Ya lo ves. Trabajando, en el lugar que me corresponde. En mi propio ambiente... del que nunca debí salir.

—No te he vuelto a ver desde aquella noche, después del partido con el «California», cuando vine a verte a tu casa y me contaste lo que te había ocurrido.

—Mejor es no hablar de eso.

Guy se volvió francamente hacia su amigo.

—¿Puedo hacerte una pregunta, Mead?

—Puedes.

—¿La sigues... queriendo?

Mon se mordió los labios. Con la vista fija en el parabrisas, permaneció un par de minutos en silencio, luego.

—Sí —confesó.

—¿Por qué? ¿Has olvidado lo que te dijo?

—No he olvidado nada, Guy... ni aquel momento de gran amargura... ni los momentos maravillosos que pasé a su lado.

—Te comprendo.

—Si algo me hizo verdaderamente daño, fue el darme cuenta de que, a pesar de todo, seguía queriéndola. Fue la primera mujer de mi vida… y la última.

—¡No digas eso!

—Es verdad. Estoy ahorrando de nuevo, Guy, centavo a centavo. Voy a matricularme en la Universidad nocturna. Y seré médico. Y me haré famoso. Y cuando haya ganado una verdadera fortuna, se la pondré a los pies…

—¿Y si se ha casado?

—Lograré que se divorcie. Porque estoy seguro de que ella también me ama.

Guy no dijo nada, pero aceleró inconscientemente. Momentos más tarde detenía el coche junto a la humilde casa de su amigo.

—Ya hemos llegado.

—Gracias, Guy. Me ha hecho mucho bien echar una parrafada contigo.

—A mí también me ha alegrado. ¿No me preguntas cómo vamos?

—Lo sé, Guy. Jugaste muy bien aquel segundo tiempo. Y ganaréis en Los Ángeles.

—Eso espero.

—Os deseo toda la suerte del mundo, Guy… a ti y a los muchachos, al buenazo de Scott, a Lower, a Glen y a Bob… y también a ese hombre maravilloso, que me quería como un padre, al señor Kilgore… al que defraudé tan estúpidamente.

* * *

—Papá, mamá… os presento a Clarisse Burton, mi prometida.

Clarisse se inclinó reverenciosamente.

—Encantada, señora Spencer… señor Spencer…

—Álzate, hija —dijo Alexander con los ojos brillantes—. Veo que el granuja de mi hijo tiene un gusto selecto… ¡Andad! Id a tomar un baño en la piscina mientras llega la hora de la comida… ¡Hoy brindaremos con champán directamente llegado de París!

* * *

Se tendieron en las cómodas *chaise-longue*, con los cuerpos aún perlados por el agua. Sus manos estaban tiernamente unidas.

—Te quiero, Guy.

—Y yo también, Clarisse mía. Deseo hacerte la mujer más feliz del mundo.

—Ya lo soy.

—Lo serás mucho más... oye, ¿sabes a quién vi el otro día?

—¿A quién?

—A ese estúpido de Mon Mead. ¡Y pensar que le dejé ser la estrella de mi equipo!

—Es un desdichado. No es de nuestra clase, amor mío... Se echó a reír.

—¿Qué te hace tanta gracia, cariño?

—Estaba pensando en que, aunque no lo creas, me debes todo lo que tu padre te ha ofrecido y, además, el haberte convertido en la figura del equipo.

—¡No puede ser cierto!

—Lo es. Yo fui quien se encargó de poner a Mead en el lugar del que nunca debió salir.

—¡Qué divertido! ¡Anda, Cuéntamelo, amor mío! Ya veo que además de hermosa, eres la mujer más inteligente del mundo.

Clarisse empezó a hablar.

* * *

Tres flechas morenas atravesaron las líneas del «Spencer», y el trío terminó su triunfal carrera consiguiendo el primer enceste de la noche.

Pero, casi enseguida, apenas hecho el saque central, Bob palmeó sobre Guy, al que se pegó, al mismo tiempo que Lower. Y un nuevo trío, esta vez formado por tres muchachos, dos de piel blanca y otro negro como el ébano, consiguieron hacer subir al marcador los dos primeros puntos de su equipo.

A partir de aquel momento, ataques y contraataques se sucedieron a una velocidad vertiginosa. El marcador electrónico brincaba como si se hubiese vuelto loco.

20-18... 20-20... 20-22... 22-22...

A un enceste del «California» seguía un enceste del «Spencer». Y

sin una personal. Nunca, hasta entonces, se había visto un encuentro más deportivo y limpio.

El público enronquecía de delirante entusiasmo.

100-98. Así terminó la primera parte.

En los vestuarios, después de la ducha, Tom se percibió del enorme cansancio de su delantera.

Estaban virtualmente agotados. Kilgore estaba tremendamente serio.

—Os estáis portando como jabatos —dijo—, pero temo que os falte fondo en el segundo período.

—Yo no puedo más —suspiró el negro.

—Lo sé, Scott. Con la masa de tu cuerpo, has hecho un esfuerzo tremendo. Tom miró sincera y tristemente a sus jugadores.

—Temo que vamos a perder —dijo.

—Yo no lo temo… —repuso Guy igualmente serio—. Estoy seguro que vamos a perder.

Tom suspiró.

—Es verdad. Jamás resistiremos el diabólico ritmo de esos portorriqueños.

—¡Adiós la Olimpíada! —murmuró Glen.

—Un momento.

Todos miraron a Guy.

—¿Se te ha ocurrido alguna solución? —inquirió el entrenador.

—Tengo la solución.

—¡Habla! —le instó ansiosamente Kilgore.

—Primero voy a recitarte de memoria el telegrama que envié ayer noche, cuando cogíamos el avión. El texto decía así:

«Ven primer avión Los Ángeles Stop Billete avión y mil dólares para gastos en oficina aeropuerto Stop Cuestión de vida o muerte.

—Pero… ¡eso no es posible! Fue despedido del equipo y su ficha enviada como baja definitiva a la Federación…

Guy guiñó el ojo a Tom.

—¿Recuerdas a quién encargaste que enviase esa ficha?

—A ti… ¡sinvergüenza! No la enviaste.

—Pues claro que no. Mon sigue perteneciendo legalmente al «Spencer»… y dígame, Kilgore, ¿no se alegra de que guardase la

ficha?

El entrenador bajó la cabeza, confuso, emocionado.

—Sí, me alegra mucho que no enviaras la ficha... pero eso, incluso si Mon está en Los Ángeles, no arreglará nada... quedan tres minutos para reanudar el encuentro y...

Guy se volvió hacia el pasillo de las duchas.

—¡Ya puedes salir, Mon! —gritó.

Mead apareció, vistiendo el conjunto del equipo, sonriente, lleno de alegría. Antes que nada, abrazó a Guy y, llevándoselo a un lado, dirigiéndose a los otros, dijo:

—Perdonad un momento, amigos.

Cuando estuvieron en un rincón, Guy preguntó:

—¿Cogiste el paquete y la carta que había en la oficina del aeropuerto?

—Sí. Había el magnetófono y el *cassette*.

—¿Lo escuchaste?

Los ojos de Mon se entristecieron un poco.

—Sí.

—¿Y tu cabezota de cemento armado ha comprendido la verdad?

—Sí, Guy. ¡Fui el más perfecto de los idiotas!

—¡Preparados! —gritó alguien desde la puerta de los vestuarios.

—Vamos, muchachos —dijo Tom, que tenía lágrimas en los ojos.

* * *

Formando un denso valladar, el equipo del «Spencer» adoptó una táctica de franco «cerrojo», sin despegarse de su área.

Solo quedaron libres Mon y Guy.

¡Los dos inseparables de siempre!

De nada sirvieron las locas flechas de los portorriqueños.

Cada vez que intentaban acercarse al área del adversario, Scott, Glen y Robert hacían que el empuje del trío se estrellase contra ellos.

De vez en cuando, a costa de esfuerzos, ímprobos, los del «California» marcaban. Desde lejos, como era su costumbre o desde cerca, cuando podía, siempre servido, ayudado y apoyado por el formidable Guy, que se multiplicaba por cien, Mon recibía los pases,

marcando cada vez con su precisión acostumbrada.

Faltaban tres minutos para el final, y el marcador señalaba ya un glorioso 125-148.

¡La victoria estaba asegurada!

Convencidos de su derrota, los del «California» empezaron a practicar un juego durísimo, pero aquello les causó más pérdidas que beneficios, ya que cada «personal» se traducía, en las prodigiosas manos de Mead, en dos nuevos puntos.

El tanteo final fue de 132-158.

En los vestuarios, todos se abrazaban, y Tom, enternecido, miraba a los jugadores como si fueran sus propios hijos.

¿O acaso no lo eran?

Después, camino del aeropuerto, sentado entre Mon y Guy, miró a este último.

—Solo ahora empieza la tormenta, muchacho. Tu padre va a saltar como una carga de nitroglicerina.

Guy sonrió.

—Eso es asunto mío Tom. Yo hablaré con él… y puede estar usted seguro que todo seguirá como hasta ahora.

—Ya no nos queda más que el «Nueva York».

—Un hueso duro… pero les venceremos, muchacho.

—Y después —dijo Guy sonriente y feliz—, ¡camino a la Olimpíada!

CAPÍTULO VIII

—¡Me has engañado descaradamente, Guy!

—¿Quién ha engañado a quién, padre?

—¿Qué quieres decir?

—No hablemos hasta que hayas escuchado algo.

—Habla.

—No, yo no soy quién va a hablar... permite un instante.

Se dirigió al enorme aparato de radio, tocadiscos, *cassette*, todo cuadrafónico, que se veía en un rincón del salón.

Sacó la *cassette* del bolsillo y lo colocó en la platina, poniendo el aparato en marcha. En pie, cerca de la gran ventana, Alexander empezó a oír la voz de la joven Clarisse y el largo y detallado relato de todo lo que había constituido la «operación Mon».

Antes de que la grabación terminara, fue acercándose al aparato y al terminar de oírse la voz de la muchacha, abrió la tapa y se guardó la *cassette* en el bolsillo.

—¡Se terminó! —dijo con aire de triunfo—. Eres muy listo, Guy... pero sin esta prueba, podré a volver a expulsar a ese Mon de los demonios.

—No lo harás, padre.

—¿Quién va a impedírmelo?

—Yo.

—¿Tú?

—Sí. Esa *cassette* no es el original, sino una simple grabación del otro. ¿O es que has olvidado que soy hijo tuyo?

Spencer se mordió los labios, sonriendo a escondidas.

—O conviertes al «Spencer» en un verdadero equipo, sin relación alguna con tus negocios, dejando naturalmente las cosas como están... o entregaré la *cassette* original a la cadena local de televisión que, con toda seguridad, lo pasará al resto de las cadenas del país... ¡será un hermoso escándalo, padre!

—Y mi ruina. Pero tú también perderás, Guy... te convertirás en un hombre pobre.

—Lo prefiero, padre; así conservaré la dignidad y el espíritu sano de un verdadero deportista, que no admite chanchullos de ninguna clase, incluso si ellos le proporcionan fama.

Se acercó a Alexander, poniéndole una mano sobre el hombro.

—Los negocios son una cosa, padre, y el deporte otra muy distinta. Ya hay bastante suciedad en el deporte profesional, si es que ambas palabras pueden ir juntas sin que la primera se ruborice y se avergüence.

»Tú sigue ganando dinero, padre... y ayúdanos en lo que puedas. Piensa que, haciéndolo, contribuyes positivamente a desarrollar algo tan hermoso como el deporte *amateur*, el destino de muchos hombres que desean únicamente realzar la belleza de algo sano y honesto.

Spencer sonrió.

—Me has dado una buena lección, hijo. A veces, un viejo testarudo como yo, acostumbrado a ver un dólar detrás de cada gesto, llega a deformar su personalidad.

—Eso es cierto.

—Pero... tengo un hijo que acaba de demostrarme que es mucho más hábil que yo... cuando se trata de defender algo noble y limpiar del todo a un buen amigo...

—¿Entonces?

—¡Tú ganas, Spencer «júnior»!

* * *

La totalidad del equipo de Nueva York, al que sus seguidores llamaban familiarmente «las Jirafas Negras», estaba formado por gente de color.

Verdaderos gigantes.

Las «Jirafas» no solamente habían quedado finalistas junto a los del «Spencer», sino que no habían terminado un solo encuentro sin ganar por una diferencia de por lo menos 30 puntos.

—Para jugar contra esos fenómenos —explicaba Tom a los chicos de su equipo en el hotel neoyorquino en el que se habían alojado en espera del encuentro—, hay que ser astronauta.

—¡No exageremos! —rio Glen.

—Ya lo verás, muchacho. Desde el mismo instante en que cogen

el balón, ya no toca el suelo ni por casualidad. Todo ocurre a más de dos metros de altura, a bastante más. Se pasan por alto... y, para que lo entendáis, basta deciros que el «enano» del equipo, Washington Looren, mide dos metros dieciocho.

—¡Vamos a parecer pigmeos a su lado! —dijo Scott.

—No exageras al decir eso, Carter. Por eso, amigos, no nos va a quedar más remedio que jugar un juego rasante.

Lanzó un suspiro.

—Botar y rebotar, pasar por lo bajo. Esos «Jirafas» son tan altos que cuando se agachan se parten como cañas.

Todos rieron.

—Hay que ganarles a base de riñones... y esto no quiere decir nada feo. Tenemos que conseguir que, al final del primer tiempo, tengan los riñones deslomados, que sufran todos de lumbago y que su masajista tenga que comprar cien galones de ungüento para ponerlos derechos.

Nuevas risas.

Tom miró a Mead.

—Tú, Mon, olvida durante el partido las boleas desde lejos. Juego bajo, a ras de tierra. Por eso os he entrenado agachados, a doblaros lo más posible. Tenéis que salir al campo para convertiros en jorobados.

—Para «jorobar» a los «Jirafas».

—No lo toméis a broma. Todos sabemos que del resultado de este encuentro, que es único y que por sorteo nos toca jugar aquí, en New York, depende que vayamos a Moscú o nos quedemos, con las orejas gachas, en casita.

* * *

Sentados al sol, en un banco de Central Park, Mon y Guy pasaban aquella mañana, la víspera del trascendental encuentro que tendría lugar al día siguiente.

Mon lanzó un suspiro.

—Nunca podré agradecerte bastante lo que has hecho por mí, amigo.

—¡Tonterías! Aquella muchacha era una víbora...

Mead denegó con la cabeza.

—No me refiero a eso, Guy. Estoy hablando de lo que has conseguido de tu padre.

—¿Qué no nos mezcle más con sus negocios?

—¡Mira que eres cabezota! Tampoco hablo de eso...

—Lo sé.

—Me refiero a que tu padre va a pagarme la carrera de médico.

—Es natural. No vamos a pasarnos la vida jugando al baloncesto. Un verdadero deportista, consciente de sus fuerzas, sabe muy bien que llega fatalmente el momento de retirarse.

—Es verdad.

—Ya sabes lo que pasa en el juvenil del «Spencer». Hay chicos que están mordiendo el freno, como caballos de carreras, esperando que le demos la ocasión de jugar de veras.

—Tienes razón.

—Yo también pienso estudiar cuando regresemos de Moscú, ganemos o no allá. Nos hacemos mayores, Mon, y tenemos que ir pensando en nuestro provenir.

—Así lo haremos, Guy.

—Y, no lo dudes, terminaremos por encontrar cada uno a su pareja, una muchacha normal, nada sofisticada... y que en nada se parezca a aquella hiena de Clarisse.

—Debió morirse cuando le dijiste la verdad.

—¿Morirse... ella? Tú me contaste las duras palabras que te dirigió en el casino de Fulton... yo no podría repetir los insultos que me dirigió.

—Ahora está con él, ¿verdad?

Guy asintió.

—Así es, muchacho. Por mucho que se disfrace de princesa, una rata termina siempre viviendo con otra rata.

* * *

El público aullaba como lobos, mientras que los jugadores de ambos equipos lanzaban balones en la fase de precalentamiento.

Lucas musitó al oído de Tom.

—¿Te has dado cuenta de que casi todos los espectadores son de raza negra?

—¡Mientras no sean antropófagos! —suspiró el entrenador.

Una voz salió de los graderíos.

—¡Pero si son unos nenes!

Y otra:

—¿Dónde habéis dejado a Blancanieves, enanitos del bosque?

Y una tercera:

—¡Si os cansáis mucho, nenitos, aquí tenemos un biberón preparado para vosotros!

Lucas frunció el ceño.

—¡Menudo ambiente!

—No hagas caso.

—Pero, ¿es que no has visto a esos otros?

—¿A los «Jirafas»?

—Son tremendos.

—«Rascacielos untados de betún» —rio Kilgore—. Espera que empiece el juego, Lucas. Minutos más tarde, se hizo el primer saque.

Y el balón, palmeado por uno del «New York», empezó a volar por los aires, sin bajar una sola vez.

—¡Anda, cazad a ese «sputnik»! —gritó uno del público.

El esférico fue de mano en mano, siempre de los «Jirafas», hasta que el *pivot*, sin ni siquiera ponerse de puntillas, lo coló en la cesta.

—¡Encestan como si echasen cartas al buzón! —dijo Lucas.

—Espera…

Consiguió Scott desviar el saque, haciendo que el balón bajase a las manos de Guy.

Lo botó este, doblándose de tal manera que el balón no recorría, en cada bote, más de quince centímetros.

Lo pasó a Robert, un tanto atrasado. Nuevos botes, a ras de suelo.

Los «Jirafas» intentaban inclinarse, pero ni siquiera sus larguísimos brazos les permitían agacharse para poder tocar el balón.

Bob pasó a Mon.

Este, de bote pronto, lanzó a la cesta y coló los dos primeros puntos.

—Esto cambia —dijo Lucas con una sonrisa.

Pero no cambió.

Los «Jirafas», rabiosos, siguieron jugando en la estratosfera,

encestando tres veces seguidas.

—Esto no cambia —dijo Lucas.

—¡Cambia el disco! —gruñó Kilgore.

Jugaban los del «Spencer» rabiosamente, intentando mantener el esférico a ras del suelo, pero por cada vez que encestaban, los otros, en cuanto podían elevar el balón, conseguían los puntos a boleo.

Al final del primer tiempo y a pesar de los tremendos esfuerzos de los chicos del «Spencer», el tanteo les era francamente desfavorable.

«66-35»

* * *

—Veamos —dijo Kilgore en los vestuarios y después de que sus muchachos se hubieron duchado y cambiado—: las cosas se ponen mal. Es cierto, cada vez que conseguimos bajar el balón, conseguimos un enceste, pero lo malo son los saques. Ellos saltan el doble que nosotros y cuando el balón sube, no hay nadie que lo haga bajar hasta que cae por el aro de nuestra cesta.

—Yo podría empezar a lanzar de lejos —dijo Mon.

—¿Y qué ganarías con eso? Los defensas apenas si tienen que alzar los brazos, y por poco no llegan al techo del local.

—¡Nos van a dar una paliza de miedo! —suspiró Scott.

Tom reflexionó unos instantes.

Luego, mirando fijamente a Guy.

—Tú practicaste atletismo en la Universidad, antes de dedicarte al baloncesto, ¿no?

—Sí.

—Y si la memoria no me falla, tu especialidad era el salto de pértiga, ¿es cierto o no?

—Es cierto, pero no veo lo que eso tiene que ver...

—Escucha atentamente, Spencer. No todo es músculo en el deporte. Lo psicológico juega un papel mucho más importante de lo que la gente cree.

—No entiendo.

—Pues vas a entenderlo enseguida. Tú vas a situarte cerca de nuestra área. Bob pasará a la delantera, apoyando a Mon y a Scott.

—Bien. ¿Qué más?

—Los tres hombres de punta de los «Jirafas» no dejan bajar nunca el balón... y encestan como quieren... aunque los nuestros, vosotros, saltéis como locos.

»Yo quiero que te concentres bien, Guy, que olvides que estás jugando al baloncesto... y cada vez que uno de esos larguiruchos vaya a recibir un pase, te imagines que acabas de apoyarte en la pértiga y que vas a conseguir un salto máximo...

—No sé si podré...

—¡Podrás! ¡Claro que podrás! Te concentras, reúnes tus fuerzas... y saltas... Lo único que quiero es que bajes el balón. Lo demás corre de cuenta de tus compañeros.

—Lo intentaré...

—¡Lo harás! Piensa que estás en el terreno... que corres para tomar impulso... puedes correr, si quieres, en la cancha... y luego saltas, imaginando que te apoyas en la pértiga... ¿entiendes?

—Creo que sí.

—Tus músculos te obedecerán, porque no han olvidado los cientos de veces que lo hicieron... Será un poco cómico ver que haces como si cogieras algo entre tus manos... pero no te importe hacer el ridículo... ¡salta! ¡Con todas tus fuerzas! Y haz que ese maldito balón baje de las nubes.

* * *

Nada más empezar el segundo período, los negros marcaron una nueva canasta.

«68-35»

Lo impar del tanteo del «Spencer» se explicaba porque Mon había fallado el segundo tiro en una «personal» de uno de los contrarios.

Guy estaba muy nervioso.

Apenas se había movido de una de las bandas, e intentaba concentrarse, olvidar la cancha, el juego, el baloncesto, recordando aquellos magníficos saltos de pértiga que le habían hecho quedar el segundo en los campeonatos de su Universidad.

«Tengo que conseguirlo».

Miró hacia los graderíos, viendo que su padre seguía allí y que, por primera vez, había llevado a su esposa para que viera jugar a su

hijo.

Su madre, a la que había hecho la mujer más dichosa del mundo cuando le contó la victoria que consiguió sobre el padre.

«Tengo que conseguirlo».

Se acercaban los tres gigantes negros, lanzándole el balón tranquilamente, muy por encima de las manos de los brazos alzados de los contrarios.

Y, otra vez, una voz surgió del público.

—¡A ver si tomáis vitaminas y crecéis un poco, chiquitines!

«Tengo que conseguirlo».

Cerró los ojos, tenía la pértiga en la mano, y se lanzó en veloz carrera, abriendo los ojos, pero sin ver más que el listón entre los postes y, cosa curiosa, un balón que parecía deslizarse sobre el listón.

Apoyó mentalmente el extremo de la pértiga en el suelo.

Sus músculos se distendieron como resortes de acero. Y se sintió elevarse, como impulsado por una fuerza colosal.

Soltó la invisible pértiga, alzado los brazos. Y una de sus manos pegó al balón, dirigiéndolo fulminantemente hacia el suelo de la cancha.

Un «¡¡¡OH… HHHH!!» tremendo resonó en el recinto. El salto de Guy había sido tan fantástico, tan espectacular que, por un instante, pareció como si fuera a echarse a volar.

Ni siquiera él mismo se dio cuenta exacta de lo que había ocurrido. Todavía con la boca abierta, el público vio que Mon, apoyado por Scott, que era quien había recibido el palmotazo de Guy, corrían hacia la cepa contraria, fintaban a la defensa, obteniendo el negro un enceste perfecto.

Pero la ovación que todavía duraba estaba destinada a Guy, quien sonreía, mirando hacia los asientos, primero a su padre que le saludaba; luego a la señora Spencer que lloraba silenciosamente…

A partir de aquel momento, los espectadores tuvieron la suerte de asistir a una especie de emocionante duelo, no entre los equipos contrarios, sino entre Mon y Guy.

Spencer «júnior» que no hubiera creído jamás poder sacar ventaja de su vieja experiencia de saltador de pértiga, al comprobar que, ayudado por el deseo de colaborar al triunfo del «Spencer», conseguía saltar tanto o más que los «Jirafas», se superó a sí mismo.

Nunca como aquella noche gozaron más los fotógrafos de la Prensa acribillando con sus flashes tanto a Guy, en sus prodigiosos saltos, como a Mon.

Porque Mead había decidido volver a ser el gigante del equipo y, olvidando los consejos de Kilgore y la altura de los adversarios, se dedicó a lanzar a la cesta «desde casi el suelo», en disparo de bote pronto, en diagonal, lo que hacía que los negros que defendían el cesto del «New York», los cuales saltaban instintivamente para detener la pelota, la vieran, con los ojos dilatados de estupor, subir rozando el poste para, después, al llegar un poco más alta que el aro, inclinarse… ¡¡¡y entrar!!!

¡La gente estaba delirante, loca, ronca de gritar!

Si bien al principio, el público de color, todos ellos partidarios de los «Jirafas», gruñeron y abuchearon a los contrarios, pronto, las maravillas de aquellos dos estupendos jugadores les hicieron olvidar las pasiones partidistas.

Los primeros gritos de sincero amor al deporte empezaron a salir de la boca de los espectadores.

—¡Así se juega!

—¡Bravo, muchachos!

—¡Vosotros merecéis ir a Moscú!

—¡Estaremos orgullosos de que nos representéis en la Olimpíada! Se habían acabado los «Jirafas» y el «Spencer».

El público comprendió que allí se estaba forjando el equipo que iba a defender los colores de los USA en una competición mundial.

Cuando el árbitro tocó el final del encuentro, los chicos de Kilgore ganaban por 135 a 112.

* * *

En el mejor salón del «Astoria» de Nueva York, se estaba celebrando la gran fiesta en honor a aquellos muchachos que ahora habían conseguido el triunfo definitivo.

Alexander Spencer no se anduvo con chiquitas y derramó un verdadero torrente de dólares para dar a aquella fiesta la mayor publicidad posible.

Aunque no era necesario.

Docenas de millones de espectadores habían seguido, ante sus

televisores, las incidencias del colosal y excepcional encuentro y las rotativas de todos los grandes periódicos del país giraban como locas, ocupando la primera página, además de los titulares, en letras gigantescas, las fotos sensacionales de los prodigiosos saltos de Guy y de los excepcionales encestes de Mon.

Cuando se consiguió finalmente un poco de silencio en el enorme salón del «Astoria» y que los ocupantes de las mesas del banquete, jugadores, miembros del Consejo Municipal de la Ciudad, alcalde, autoridades y una nube de periodistas prestaran atención, Alexander Spencer se puso en pie, tomando con mano trémula el micrófono que le tendían.

—Ninguna ocasión mejor que esta —empezó a decir—, para que un hombre como yo, que se creía muy importante, confiese sus errores…

»Es cierto que este gran país lo es gracias a gente de mi clase que lucha por hacer más potente la tierra que le vio nacer. Lo queramos o no, los Estados Unidos de América es la cuna de todos los más importantes negocios del mundo.

«Producir riqueza es la divisa de los hombres como yo… pero, a veces, demasiado frecuentemente por desgracia, nos olvidamos que existen cosas más importantes que los negocios y que el dinero.

»El honor de los hombres, su integridad y su entusiasmo son valores superiores a cualquier fortuna, por grande que sea. Yo estuve a punto de convertir el «Spencer» en una de las palancas de mi departamento de Publicidad.

»Sin embargo, alguien, a quién no deseo nombrar ahora, pero que lleva la misma sangre que yo en sus venas…»

Se oyeron risas simpáticas, ya que todo el mundo comprendió que Spencer hablaba de su hijo.

—… me dio, junto a un buen amigo suyo, una lección que no olvidaré jamás… ¡Bueno, amigos! No estamos aquí para hablar de cosas tristes… Ahí tenéis al equipo vencedor… y, en la misma mesa, frente a frente a los ganadores, el maravilloso equipo del «New York» al que también debía invitar.

»Porque aquí no hay ni vencedores ni vencidos. Hay únicamente americanos que se disponen a luchar, lejos de la patria, en noble lucha, con el deseo de traernos un triunfo… si es que lo merecen.

«Saludemos desde aquí a los hombres, vivos o muertos, que

hicieron posible que las naciones olvidasen sus querellas... y que, en cierto modo, borraran límites y fronteras, haciendo que cada cuatro años los pueblos del mundo entero se sintiesen como hermanos, unidos en una noble competición.

Una pausa.

El silencio era tan intenso, que se habría podido oír volar a una mosca.

—He tomado ciertas decisiones —siguió diciendo Alexander—. A partir de este instante, todos los miembros del «Spencer», jugadores, suplentes, entrenador, masajista... son socios de mis empresas...

»Y a su regreso de la URSS, hayan ganado o no, además de ser mis socios, seguirán jugando, mientras lo deseen, en nuestro equipo... o bien ocuparán puestos importantes en mis supermercados... o, como es el caso de mi propio hijo y de Mon Mead, irán a la Universidad...

»Pero... no nos entristezcamos... Detrás de estos formidables muchachos, bullen ya, en la cantera del «Spencer», los futuros jugadores... muchachos que defenderán nuestros colores con el mismo entusiasmo que los aquí presentes.

»Y nada más amigos... Que en Moscú ganen los mejores, sean del país que sean... pues es cierto que el deporte honesto considera más importante participa que ganar... ¡Un gran “viva” por los deportistas de todo el mundo...

—¡¡¡VIVA!!!

—Un gran «viva» por los que lucharon hoy, de uno u otro lado, por el baloncesto americano.

—¡¡¡Viva!!!

—Y ahora... muchachos del Spencer... Adelante. Ya estáis... ¡¡¡CAMINO A LA OLIMPÍADA!!!

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN

1 **Viejo amigo.**